SERAFÍN y JOAQUÍN

ÁLVAREZ QUINTERO

Las flores

Biblioteca AlSur

Las flores
Comedia en tres actos

PERSONAJES

MARÍA JESÚS

CONSUELO

ROSA MARÍA

ÁNGELES

CHARITO

JULIANA

SALUD (niña)

UNA CHIQUILLA

VICENTA

BERNARDO

GABRIEL

EL ABUELO

JUAN ANTONIO

BARRENA

ROMÁN

ROMANCILLO

MANUEL (niño)

UN MOZO DEL HUERTO

La poesía no tiene, dentro ni fuera, fondo ni superficie; toda es transparencia, luz increada y que penetra al través de todo...
«CLARÍN»

Acto primero

Huerto sevillano. A la derecha del actor, la puerta de entrada, abierta en una tapia rematada por caprichosas almenillas. En ángulo recto con ella, la vivienda de la gente del huerto, que es de un solo piso, y ala cual cubre un tejadillo en declive hacia el centro de la escena. De esta vivienda se ven dos fachadas: una lateral, de frente al público, y otra principal, de frente a la izquierda del escenario, y que se prolonga hasta el tercer término. En la fachada de frente al público hay una puerta y una ventana con reja, y entre ambas, un poyete. Orlando la puerta, una enredadera de campanillas blancas y azules. Sobre el poyete, un grupo de macetas de geranios en flor. Las paredes todas blancas, como las campanillas, y todas con zócalo azul, como las campanillas también. En la fachada principal hay una puerta y dos o tres ventanas sin reja, desiguales; y en los huecos, cubriendo materialmente la pared, las ramas de varios jazmines que se crían adheridos al muro. Delante de la puerta que da frente al público, un par de sillas bastas y muy viejas, y una mesa chica de pino. Por la izquierda del actor y por el fondo extiende el huerto su lozana verdura, que cruzan y dividen caprichosas veredas. Algunos melocotoneros y perales se yerguen sobre todo; forma la parte más compacta y brillante del fondo un buen golpe de naranjos cuajados de azahar, y aquí y allí destácanse, cada cual con sus galas mejores, la magnolia, la celinda, el granado, la adelfa, los rosales y las malvalocas. Las lindes de algunas veredas las señalan y forman apretadas filas de macetas de reseda, geranios, verbenas, rosas y claveles. Cubriendo el huerto todo, el cielo alegre y limpio de la primavera. Es por la mañana.

(El abuelo está sentado a la puerta del huerto, con sombrero ancho y en mangas de camisa. Es un viejo de ochenta años, muy colorado y con el pelo blanco como la nieve. Un mozo del huerto canta allá dentro, hacia la izquierda.)

MOZO.—

A la flo de la violeta
regüerta con er jazmín,
a eso me güele tu cuerpo
cuando te asercas a mí.

(Aparece y cruza hacia la derecha del foro, por donde se va, con una regadera llena de agua.)

Tiene mi serrana
la cara como una rosa,
cuando dispierta por la mañana.

(Sale una chiquilla por la puerta principal de la casa y se encamina a la del huerto. Lleva la trenza suelta, y viste trajecillo de percal rosa y mantón claro de espuma, puesto en forma de chal.)

CHIQUILLA.— Hasta er domingo y que no farte.

ABUELO.— *(Deteniéndola.)* ¿Ande vas, chiquiya?

CHIQUILLA.— A mi casa.

ABUELO.— ¿Y de ande vienes?

CHIQUILLA.— De encargarle a su hija de usté dos ramos pa un bautiso.

ABUELO.— ¿Cómo le van a pone a la criatura?

CHIQUILLA.— Anita Troncoso y Oliva.

ABUELO.— ¿Te toca a ti argo?

CHIQUILLA.— Sí, señó; si no peleo con mi novio, será mi cuñá.

ABUELO.— Y tú, ¿cómo te yamas?

CHIQUILLA—¿Yo? Isabé.

ABUELO.— ¿Cuántos años tienes?

CHIQUILLA.— Dose.

ABUELO.— ¿Dose? Te fartan tres.

CHIQUILLA.— Por más que ya se pue desí que tengo trese. Los cumplo en junio y estamos en mayo...

ABUELO.— ¿Trese? Entonses no te fartan más que dos.

CHIQUILLA.— Pero dos, ¿pa qué?

ABUELO.— Pa tené quinse, tonta.

CHIQUILLA.— *(Marchándose.)* ¡Ay, er viejo!

ABUELO.— ¡Oye!

CHIQUILLA.— Estoy sorda. Pregunta usté más que la dortrina.

ABUELO.— *(Viéndola ir.)*

Capuyito, capuyito,
ya te vas gorviendo rosa;
ya te va yegando er tiempo

de desirte arguna cosa.

Flores..., toas son flores... La que no es jazmín es clavé; la que no es clavé es asusena; la que no es asusena es rosa; la que no es rosa es campaniya... Toas son flores..., de ahí no hay quién me saque.

(Sale María Jesús de la casa, por la puerta de frente al público, con una cazuela de berza que partir y arreglar, y se sienta a ello. Es mujer de unos cincuenta y tantos años. Viste un traje de faena remendado y pobre, pero limpio.)

MARÍA JESÚS.— Diga usté, padre: ¿usté ha tomao un encargo que ha venío hase poco?

ABUELO.— Yo, no: lo tomó Consuelo.

MARÍA JESÚS.— ¿Pa dónde era?

ABUELO.— Me paese que era pa er convento de la Encarnasión..., o pa er convento der Socorro..., o pa er convento de... Güeno; pa un convento.

MARÍA JESÜS.— Pa este de aquí abajo sería.

ABUELO.— Eso es, sí; pa este de aquí abajo.

MARÍA JESÜS.— ¿Y no ha venío nadie más?

ABUELO.— Juaniyo er de la Plasa, por jazmines.

MARÍA JESÜS.— Ya podía paga lo que debe Juaniyo er de la Plasa. En comiendo eyos, que coma una o no coma les tiene sin cuidao.

ABUELO.— No te quejes, mujé; que nunca se ha vendío en este güerto más que ahora.

MARÍA JESÜS.— Señá de que lo hay.

ABUELO.— Como que cresen flores hasta en la arberca.

MARÍA JESÚS.— Su trabajo les ha costao a mis hijas.

ABUELO.— Y a ti también, no ersageremos. Y no digo que a mí, porque no me gusta echarme piropos.

(Llega de la calle Juliana, comadre de María Jesús y mujer de sus años, en lo cual es en lo único que se parecen. Viste a lo popular, pero con cierto lujo y con mal gusto.)

MARÍA JESÚS.— *(Contrariada al verla.)* (¡Vaya! Ahora vamos a tené visita diaria.)

JULIANA.— Dios guarde a ustedes.

ABUELO.— Venga usté con Dios. *(Pausa. Juliana se abanica.)*

JULIANA.— Media Seviya he correteao.

MARÍA JESÚS.— (Pos no le digo que se siente.) *(Nueva pausa.)*

JULIANA.— ¿Qué hay por aquí?

MARÍA JESÚS.— Lo de tos los días: mucha tranquilidá, mucho trabajo... y mu pocas ganas de conversasión. (Y menos con lagartonas como tú.)

JULIANA.— Yo voy a habla mu poco.

MARÍA JESÚS.— Yo no lo he dicho por usté.

JULIANA.— ¿Y las niñas?

MARÍA JESÜS.— Por ayá dentro andan.

JULIANA.— Les quería enseña un corte e blusa que le ha regalao su novio a mi Dolores...

ABUELO.— *(Riéndose.)* (¡Su novio! ¡Pf...!) ¿Es de raso?

JULIANA.— Es de sea.

MARÍA JESÚS.— Pos no lo deslíe usté, comadre. No nos vayamos a enamorá de la sea. Ya sabe usté que acá semos pobres, y no podemos vestirnos más que de percá.

JULIANA.— Comadre, no se eche usté por tierra, que yo no vengo a pedirle a usté dinero.

MARÍA JESÚS.— Ya me hago cargo. Usté tiene to lo que nesesita.

JULIANA.— Grasias a Dios, hija de mi arma. Nos cayó la veta, comadre. En güena hora lo diga, pero ni a mis hijas ni a mí nos farta ná

ABUELO.— Eso cree usté, señora.

JULIANA.— Miste qué peina. Tómela usté en peso.

MARÍA JESÚS.— ¿Yo, pa qué?

JULIANA.— ¿No le gustaría a usté vérsela puesta a su Consueliyo?

MARÍA JESÚS.— Se engaña usté en más e la mita, comadre.

JULIANA.— ¿Es orguyo eso?

MARÍA JESÚS.— Eso es comodidá. Como pesa tanto, la que se la clava en er moño tiene que bajá la cabesa pa er suelo, y a mi Consueliyo y a toas mis niñas siempre las verá usté con la frente mu arta.

ABUELO.— (¡Arsa con ésa, repulía!)

JULIANA.— *(Abanicándose, hecha una pólvora.)* ¿Sabe usté lo que le digo, comadre?

MARÍA JESÚS.— Comadre, usté dirá.

JULIANA.— Que habla usté mucho de la frente e las niñas, y que de tanto mirá pa er sielo se van a queá siegas, y que tiene usté toavía cuatro mositas, y que en este mundo cae luego ensima to lo que se mormura, y que no es menesté fartarle a nadie pa sé ca una como Dios la haya hecho..., y que en esta «pajolera» casa estoy yo cogiendo un mar de estómago.

MARÍA JESÚS.— *(Dejando la cazuela y levantándose, pero sin perder su tranquilidad y aplomo.)* Escuche usté, comadre: de nueve hijos que he tenío, ocho han sío mujeres. Una se me murió de seis años —¡pobresita mía!—, angelitos ar sielo; dos se me han casao y no saben sus maríos dónde ponerlas, porque como son pobres, no tienen en la casa oratorio; otra está en el Hospitá cuidando enfermos —le dio por ahí, Dios la bendiga; no es por farta e cara, que la tiene presiosa—; y tocante a las cuatro que me quean a la vera toavía, ni las malas lenguas der barrio —y no lo digo por usté— han podido desí de eyas ni esto. Miste que es poco... Pos ni esto. Pa que se me venga usté a mí con peinas de való y con cortesitos e blusa.

JULIANA.— Conosía la historia.

MARÍA JESÚS.— Y me la sé ar dediyo, ¿no es verdá?

JULIANA.— Sólo que siempre se caya usté, no sé si por orvío o por convenensia, a la viuda de su hijo Migué, que me paese que también está en la familia.

MARÍA JESÚS.— *(Con sentimiento.)* En la familia está..., no pueo negarlo...

JULIANA.— ¡Je!

MARÍA JESÚS.— Pero no es de mi rama, no es de acá..., no es der Güerto e las Campaniyas. Mi pobre hijo —que por no desmentí la casta era mu güeno y mu honrao, pa que usté lo sepa— la cogió e la caye compadesío de su desgrasia..., y como había de salirle güena..., le salió na más que regulá... Por eso se murió er pobresito... Y por eso mi Consueliyo, que es leche con asuca, quitó der lao e la mala madre a las tres criaturitas que nasieron. ¿Quie usté que le diga argo más? Porque acá tenemos contestasión pa to lo que usté nos pregunte. Acá no sernos como otras que hay que tienen que tapa muchas picaúras.

JULIANA.— La encuentro a usté mu fantesiosa esta mañana.

MARÍA JESÚS.— Pos estoy lo mismo que siempre.

(Ángeles y Charito salen por la puerta principal de la casa en traje de calle. Ángeles viste hábito del Señor y mantón negro. Charito, traje claro de percal y mantón blanco. Ambas lo llevan puesto a modo de chal.)

MARÍA JESÚS.— ¿Ande vais?

ÁNGELES.— Güenos días, Juliana.

CHARITO.— Güenos días.

JULIANA.— Vengan ustés con Dios.

MARÍA JESÚS.— ¿Ande vais, niñas?

CHARITO.— Yo, a compra un carrete y una jaula.

ÁNGELES.— Y yo, por una vela pa las tormentas.

MARÍA JESÚS.— No tardarse, ¿eh?

ÁNGELES.— Descuide usté, que venimos pronto.

JULIANA.— ¿Vais pa abajo?

MARÍA JESÚS.— No; van pa arriba.

JULIANA.— Le arvierto a usté que no me las voy a comer.

CHARITO.— No nos dejaríamos nosotras.

ÁNGELES.— Caya tú... Hasta luego, madre.

CHARITO.— Hasta luego.

(Al ir a salir, llegan Juan Antonio y Vicenta y se detienen saludándolos. A Juan Antonio se le advierte que es sacristán a tiro de cañón. Vicenta es una criada de la iglesia en que Juan Antonio presta sus servicios. Trae una gran bandeja de mimbres para llevar flores.)

JUAN ANTONIO.— La paz de Dios sea en esta santa casa.

ÁNGELES.— ¡Juan Antonio!

JUAN ANTONIO.— Hola, niñas... María Jesús... Abuelo.., Juliana...

ABUELO.— Güenos días, amigo.

MARÍA JESÚS. —Pensando en usté estaba yo hase poco.

JUAN ANTONIO.— Yo estoy pensando en ustedes a todas horas.

CHARITO.— Usté es mu fino.

JUAN ANTONIO.— Ya saltó la chica. ¿Adónde va por ahí esta parejita de lirios tempranos? ¡Ah! *(Dirigiéndose a Ángeles, que lo turba visiblemente con sus ojos.)* El padre Santiago está muy enfadado con usted..., está muy enfadado con usted... Y también está muy enfadado con usted... Y también está muy enfadado con usted el padre Santiago... ¡Oh!, ¡qué cabeza! He querido decir..., el padre Santiago.

(María Jesús recoge la cazuela que antes sacó y se entra en la casa. A poco vuelve sin ella.)

CHARITO.— Pos no sale usté der padre Santiago en toa la mañana.

JUAN ANTONIO.— ¡Je! Qué mala es esta chica... (La mala es la otra, que me roba la voluntad.)

ÁNGELES.— Dígale usté ar padre que ya iré yo por ayí..., que ya verá cómo no me orvido... ¡Ah! Y muchísimas grasias por el agua bendita.

JUAN ANTONIO.— Calle usted, por Dios... El agua bendita... ¡Eso no vale nada!

ÁNGELES.— ¿Qué está usté disiendo?

JUAN ANTONIO.— ¡Jesús!, ¡qué animal! El Señor me perdone... Quise decir que es el agua bendita la que debe estar agradecida..., ya que usted va a mojar en ella sus..., sus... ¡Atiza!, ¡qué profanación! ¡No sé por dónde ando!...

CHARITO.— Mira, vamonos ya, si no quieres que se condene Juan Antonio.

ÁNGELES.— Es verdá; que está desatinao esta mañana.

JUAN ANTONIO.— «Desatinasdo...» Vaya, Señor las «ascopañes»... (¡Adiós!, ¡ya empezaron a bailarme las eses!...)

ÁNGELES.— Hasta luego.

JUAN ANTONIO.— «Hatas luesgo.» (¡Jesús!)

CHARITO.— (Ar sacristán le gusta mi hermana más de la cuenta.)

JUAN ANTONIO.— (Si esa mujer se encierra en un claustro..., yo me voy a un desierto.)

MARIA JESÚS.— *(Viendo ir a sus hijas.)* Místelas, comadre; da gloria verlas a las dos.

JULIANA.— A toas las madres nos parese lo mismo.

JUAN ANTONIO.— ¿Están mis flores, María Jesús?

MARIA JESÚS.— ¿Se le ha fartao a usté acá arguna ve?

JUAN ANTONIO.— ¡Nunca! Si no es eso..., sino que tengo alguna prisilla...

MARIA JESÚS.— Pos vamos pa ayá. *(Encamínase con Juan Antonio y Vicenta hacia el segundo término de la izquierda, por donde se van.)*

JUAN ANTONIO.— Ya sabe usted lo que sucede... Anda, Vicenta. Juan Antonio, la sacristía; Juan Antonio, el altar; Juan Antonio, las velas; Juan Antonio, los ramos; Juan Antonio, a tocar a misa... Y Juan Antonio no tiene más que un cuerpo. Pero los curas no se ponen en nada. Al fin, curas. ¿Qué estoy diciendo, santo Dios? El Señor me perdone.

JULIANA.—- *(Estallando. Si es muda, revienta.)* ¡Pos no está mi comadre mu fastidiosa con sus niñas! ¡Jesús! ¡No paese sino que no hay más niñas güenas que las suyas! ¡Ave María!.... ¡Este año, er premio a la virtú en los Juegos Florales!...

ABUELO.— Y usté la reina de la fiesta.

JULIANA.— Otras habrá peores.

ABUELO.— No digo que no; eso es cuestión de gusto... Usté toavía está en güena edá... y, retocándose un poquiyo pue dar er gorpe. ¿Por qué no se tapa usté la meya con un grano de arró?

JULIANA.— Porque así le hago más grasia a mi marío.

ABUELO.— ¡Ah!, pero ¿usté está en la equivocasión de que le hase grasia a su marío?

JULIANA.— Tanta grasia como mi marío me hase a mí.

ABUELO.— Es que Barrena es mu grasioso.

JULIANA.— ¿Sí, verdá? No sabe é la que le espera por la úrtima grasia.

ABUELO.— Se lo figurará. Tiene fantesía.

JULIANA.— Dos días hase ya que no va por casa... ¡Er demonio er viejo!... por supuesto, que no va a sé de ferpa. Lo vi a pone hecho un higo. *(Aparece Barrena, que viene de la calle, con la pesadumbre pintada en el rostro. Al principio no ve a Juliana; pero no bien ha avanzado dos pasos huerto adentro, repara en ella, se le ponen los pelos de punta y al oír sus cariñosas palabras, echa a correr y no lo alcanza un galgo.)* Ér se cree que adelanta argo con retarda el encuentro... y lo que hase es da lugá a que a mí me crezcan las uñas... *(Viendo a su marido.)* ¡Granuja, ven acá! ¡A tiempo yegas!

ABUELO.— ¡En seguía!

JULIANA.— ¡Sidoro! ¿Ve usté como juye? Er que juye, delito tiene... Pero no le vale... *(Echando a correr y yéndose detrás de Barrena.)* ¡Sidoro! ¡Grandísimo perro!... ¡Sidoro!...

ABUELO.— Sí, sí... Ni con automóvil cogen a Sidoro.

MOZO.— *(El mozo vuelve a cantar allá dentro, muy lejos.)*

¡Qué grandes fatigas!,
¡qué grande doló!,
¡qué punsaítas más lentas
le dan a mi corasón!

(Viene Bernardo de la calle. Viste traje negro de americana y sombrero flexible.)

BERNARDO—¡Buenos días, abuelo!

ABUELO.— *(Levantándose.)* ¡Don Bernardo!

BERNARDO.— No se mueva usted.

ABUELO.— Si yevo sentao toa la mañana. ¿Cómo van esas murrias?

BERNARDO.— Como siempre. ¿Y por aquí, qué tal?

ABUELO.— Tos güenos; muchas gracias.

BERNARDO.— A usted da gloria verlo. Me da usted envidia. Representa usted menos edad que yo.

ABUELO.— Pos véngase usté a viví ar güerto con nosotros, y yo me encargo de ponerlo a usté como nuevo. Esto es una bendición, señorito. Miste, yo me levanto con er so; me asomo a la ventana e mi cuarto, hago asín... *(Respirando fuerte.)* y ya no me hase farta er desayuno. Los olores der güerto, metiéndose tos juntos pecho alante alimentan más que er pan de Arcalá.

BERNARDO.— *(Riéndose.)* Sí lo creo, sí... ¿Y María Jesús por dónde anda?

ABUELO.— En el «escritorio» la tiene usté.

BERNARDO.— ¿Cómo en el «escritorio»?

ABUELO.— Ahí, en er cuartucho ese ande hasen los ramos. Le yamamos asín porque un día Charito les dijo a unos ingleses que era el «escritorio»... ¡Je! Y el «escritorio» se le ha queao.

BERNARDO.— Pues voy al «escritorio». *(Encamínase hacia la izquierda, a tiempo que salen por la puerta principal de la casa Consuelo, Salud y Manuel, ante los cuales se detiene. Manuel y Salud son dos sobrinos de Consuelo, de cinco y seis años, respectivamente. Consuelo viste un trajecillo claro de percal, tan traído y llevado como limpio. Los niños salen dispuestos para ir a la academia.)* ¡Consuelo!

CONSUELO.— ¡Don Bernardo! ¡Dichosos los ojos!

BERNARDO.— Calcula tú lo que dirán los míos.

CONSUELO.— Los de usté ¿qué van a desí?

BERNARDO.— ¿No te digo a ti que lo calcules? Mira qué buenos colores tienes.

CONSUELO.— De trajiná con estos diabliyos.

BERNARDO.— *(Tomándoles la cara a los niños.)* ¿Son malos?

CONSUELO.— Regulariyos son... *(Los besa.)*

BERNARDO.— ¿Y la más pequeña?

CONSUELO.— ¿Luisita? En la cuna la tiene usté; ¿quié usté verla? No hase más que come y dormí. Paese un gusano e sea.

BERNARDO.— Vamos a ver: ¿cuál de los dos es el que se va a venir conmigo a mi casa? *(A la niña.)* ¿Vas a ser tú?

SALUD.— No.

BERNARDO.— *(Al niño.)* ¿Y tú?

SALUD.— Tampoco.

BERNARDO.— Mujer, déjalo a él que conteste.

CONSUELO.— En seguía. Ésta paese el eco: contesta siempre aunque no le pregunten.

BERNARDO.— ¿Cómo te llamas?

SALUD.— Salú.

BERNARDO.— ¿Salud qué?

SALUD.— Salú Campo y Romero.

CONSUELO.— ¿Qué más se dise? Para serví a Dios...

SALUD.— Para serví a Dios y a usté.

CONSUELO.— *(Besándola.)* ¡Qué monísima eres, chiquiya!

BERNARDO.— *(Al niño.)* ¿Y tú, cómo te llamas?

SALUD.— Manué.

BERNARDO.— Ya está el eco.

CONSUELO.— Déjalo tú que ér lo diga, Salú.

BERNARDO.— ¿Qué edad tiene ésta?

SALUD.— Seis años.

BERNARDO.— *(Al niño.)* ¿Y tú?

SALUD.— Sinco.

BERNARDO.— ¡Nada!, ¡no hay manera! ¿Quieres un perro grande?

MANUEL.— «Dámelo» usté.

BERNARDO.— *(Riéndose.)* ¡Toma, hombre, toma!

CONSUELO.— Ya habló, don Bernardo.

BERNARDO.— El amigo no quiere gastar saliva en balde. Tú serás un gran hombre.

SALUD.— «Dame» usté a mí otro.

BERNARDO.— ¡Sí, mujer, ya lo creo!

CONSUELO.— Niños ¿qué se dise?

SALUD y MANUEL.— Muchas grasias.

CONSUELO.— ¿No es verdá que paresen otras las criaturitas?

BERNARDO.— Como que es otra la madre que tienen. *(Los besa.)* ¿Se sabe de la suya?

CONSUELO.— Más vale que no se sepa, don Bernardo. No hay quién la sujete: es una cabra.

ABUELO.— ¿Conque nos vamos a la escuela o no nos vamos?

CONSUELO.— Anda con agüelito. Dame un beso, Salú. Dame tú otro, Manué. Que seáis güenos.

ABUELO.— Vamos ayá.

CONSUELO.— *(Volviendo a besarlos.)* Cuidaíto con echarse manchas. Hasta luego, gloria.

ABUELO.— ¡Déjalos ya, chiquiya!

CONSUELO.— A ve si no me compráis chucherías con ese dinero. Salusita, no le dejes a Manué que compre chochos; que luego le hasen daño. Y tú no le respondas a doña Ana. ¡Ea, darme otro beso!

ABUELO.— ¡Mujé, que no se van a Filipinas! ¡A la escuela ahora mismo!

(Se *va con Salud de una mano y Manuel de la otra. Consuelo se asoma a la puerta a verlos ir. En seguida vuelve a entrarse en el huerto e interroga a Bernardo, que está pensativo.)*

CONSUELO.— ¿En qué piensa usté, don Bernardo?

BERNARDO.— ¡Si vieras cuántas veces me contó mi madre esta escena!... *(Consuelo hace un gesto de tristeza resignada.)* Voy a ver a la tuya. *(Éntrase por el segundo término de la izquierda.)*

CONSUELO.— ¡Pobre don Bernardo! *(Después de echarles un vistazo y cortarles unas ramitas a varias macetas que hay en primer término.)* ¿Dónde estará mi hermana? *(Llamándola.)* ¡Rosa María!... ¡Rosa María!...

ROSA MARÍA.— *(Dentro, muy hacia el fondo.)* ¿Qué quieres?

CONSUELO.— ¿Pues vení?

ROSA MARÍA.— ¡Ahora voy!

CONSUELO.— ¿Qué hases?

ROSA MARÍA.— ¡Cortá las rosas pa Fransisco!

CONSUELO.— ¡Ah!

(Llegan de la calle Román y Romancillo, padre e hijo, floreros de profesión. Usan sombrero ancho, muy viejo, y visten pobremente. El hijo trae dos macetas grandes de latanias, descansando sobre el hombro izquierdo la una y sujeta con el brazo derecho la otra. El padre trae al brazo un canasto lleno de plantas pequeñas. Hablan los dos con calma desesperante, hija de una pereza enervadora. Apenas llegan, sueltan la carga y cada uno se deja caer en una silla.)

ROMÁN.— Güenos días.

ROMANCILLO.— Güenos días.

CONSUELO.— ¡Hola, güenos días! ¿Qué traemos?

ROMÁN.— Na, zino que pazábamos por aquí...

ROMANCILLO.— ¿Tiene usté una poquiya e agua?

CONSUELO.— Sí. Sentarse. *(Vase al interior.)*

ROMANCILLO.— ¡Lo que pezan estas «pajoleras»!...

ROMÁN.— Poz ¿y éstas? Er brazo tengo yo molío.

(Pausa. Sale Consuelo con una talla llena de agua, que se beben entre los dos.)

CONSUELO.— ¿Quién era er del agua?

ROMANCILLO.— Yo; traiga usté.

ROMÁN.— No te la bebas toa.

CONSUELO.— Iré por otra taya, si acaso.

ROMANCILLO.— No es menesté. Tome usté, padre.

CONSUELO.— ¿Está fresca?

ROMANCILLO.— Está fresca.

ROMÁN. —Está fresca. Gracias.

CONSUELO.— No las merese. *(Entra un momento en la casa a dejar la talla.)*

ROMÁN.— Romanciyo.

ROMANCILLO.— ¿Qué?

ROMÁN.— ¿Quies hace er favó de arrascarme en esta aleta?

ROMANCILLO.— ¿En cuá?

ROMÁN.— En esta de este lao.

ROMANCILLO.— Contra la ziya ze arrasca usté mejó.

ROMÁN.— ¡Qué flojo eres!... *(Romancillo está medio dormido y cabecea. El padre, poco menos.)*

CONSUELO.— ¿Paese que hay sueño?

ROMÁN.— Este haragán... *(Sacudiéndolo perezosamente.)* Romanciyo, aspabílate...

ROMANCILLO.— Estoy aspabilao...

CONSUELO.— ¿Se ha madrugao mucho, Romansiyo?

ROMANCILLO.— Desde las cuatro de la mañana estoy en pie. He tenío que di ar río a corta unos juncos... *(El padre aprovecha la ocasión para descabezar un sueño.)*

CONSUELO.— ¿ Argún encargo e ramos?

ROMANCILLO.— Zí. Tres ocenas. Aluego pue que mande a mi hermaniya por zarapico.

CONSUELO.— Güeno. Ya lo piyó er padre.

ROMANCILLO.— Er pobre viejo... *(Llamándolo.)* Padre..., padre..., aspabíleze usté, que nos vamos.

ROMÁN.— Zi no estoy dormío...

CONSUELO.— ¡Jesús! Pero ¿es que les han pegao a ustés una palisa?

ROMÁN.— *(Levantándose con trabajo.)* ¿Qué paliza, mujé? Que en caza zemos éste y yo zolos pa to.

CONSUELO.— Pos ¿no tiene usté dies hijos?

ROMÁN.— Diez o doce tengo, pero ninguno da un gorpe en na. Éste ez el único que ze mueve argo. Y tampoco ez un tranvía elértrico, no crea usté. Místelo ya dormío.

CONSUELO.— ¿Vendió usté las begonias aqueyas, Román?

ROMÁN.— Las vendí. A eza zeñora de la caye la Laguna... Y a don Julio le cambié las petunias por unos claveles de arco iris.

(Salen por la izquierda, y cruzan hacia la calle, Juan Antonio y Vicenta. María Jesús los sigue. Vicenta lleva llena de flores la bandeja que traía.)

MARÍA JESÚS.— Le da usté muchas memorias ar padre Justo.

JUAN ANTONIO.— Muchas gracias. Buenos días, Consuelito.

CONSUELO.— Güenos días, Juan Antonio.

ROMÁN.— ¡Hola, María Jezús!

MARÍA JESÚS.— ¡Hola, Román!

JUAN ANTONIO.— Vamos, Vicenta, que se nos ha hecho tarde.

MARÍA JESÚS.— *(Acompañándolos a la puerta.)* Y dígale usté ar padre Santiago que ya irá Ángeles por ayí...

JUAN ANTONIO.— Sí; que vaya, que vaya... (Es mi alimento espiritual...). Hasta otro día. *(Vase con Vicenta.)*

MARÍA JESÜS.— Con Dios, Juan Antonio. *(Vuelve hacia la izquierda, por donde nuevamente se va.)*

ROMÁN.— ¿Mucho trajín, María Jezús?

MARÍA JESÚS.— Grasias a Dios, no farta. ¿Y ustedes?

ROMÁN.— Nos vamos defendiendo.

MARÍA JESÚS.— Más vale así. *(Vase.)*

ROMÁN.— *(Sacudiendo a su hijo otra vez.)* Romanciyo...

ROMANCILLO.— ¿Que quie usté, padre?

ROMÁN.— Entra por ahí y coge una poquiya e biznaga. *(Consuelo oye el diálogo cruzada de brazos y muerta de risa.)*

ROMANCILLO.— *(Levantándose.)* ¿Que coja una poquiya e biznaga? Y ¿pa qué quie usté la biznaga?

ROMÁN.— ¿Que pa qué quieo yo la biznaga? ¿Vas a hace los ramos zin biznaga, guazón?

ROMANCILLO.— Pero ¿no hay en caza biznaga?

ROMÁN.— ¿Que hay en caza biznaga?

ROMANCILLO. —A mí me dijo madre que había biznaga.

ROMÁN.— Mía no zean cozas e tu madre, que tiene una azaúra que... Yo creo que no hay biznaga.

ROMANCILLO.— Yo creo que zí. Amónos.

CONSUELO.— (¡Ay, grasias a Dios! ¡Qué apuro de hombres!)

ROMANCILLO.— *(Volviendo a cargar con las macetas.)* De jierro parecen las condenás.

ROMÁN.— *(Cogiendo su canasto.)* Quee usté con Dios, Conzuelo.

CONSUELO.— Vayan ustés con Dios, y que descansen.

ROMÁN.— Descanzo píe er cuerpo, no ze figure usté. *(A Romancillo, deteniéndolo un momento en la puerta.)* ¿Estás tú zeguro de que en caza hay biznaga?...

ROMANCILLO.— ¿Otra ve, padre? Un poné que no haya biznaga...

CONSUELO.— Viene Romansiyo por eya en un soplo, ¿no es verdá?

ROMANCILLO.— ¡Pos claro!

ROMÁN.— ¿Tú en un zoplo? ¿No estás viendo que ezo es «pitorreo»? ¡Ajolá haya biznaga!

ROMANCILLO.— ¡Hay biznaga, padre, hay biznaga!

ROMÁN.— Pa mí que no hay biznaga, Romanciyo.

ROMANCILLO.— Pa mí que zí hay biznaga, padre. *(Esto último lo dicen ya fuera del huerto, y se supone que llegan a su casa hablando de lo mismo y con la misma variedad de razones.)*

CONSUELO.— Vaya un pa. Y eso que son los dos más vivos e la casa. Los otros disen que pa come tienen que agarra la cuchara con las dos manos... *(Aparece Rosa María en el fondo y baja hasta unirse a Consuelo, con el delantal lleno de rosas. Su vestido es análogo al de su hermana. Sobre la cabeza trae puesto un pañolillo suelto, muy echado a la frente.)*

ROSA MARÍA.— *(Sofocadísima.)* ¡Jesús!...

CONSUELO.— Chiquiya, cómo vienes... ¿Pica er so?

ROSA MARÍA.— Achicharra. Paese que estamos en agosto. Mía lo que me he hecho en esta mano.

CONSUELO.— Eso no es na. ¿Qué rosas has cogió?

ROSA MARÍA.— Pimpinelas y de té.

CONSUELO.— ¿Quiere muchas ése?

ROSA MARÍA.— Tres dosenas de ca una. ¿Ande está er canasto?

CONSUELO.— Ahí dentro.

ROSA MARÍA.— Tráetelo.

CONSUELO.— Voy por é.

(Éntrase en la casa por la puerta de frente al público. Rosa María vuelca en la mesilla las rosas que trae y se pone sobre los hombros el pañuelo de la cabeza. En la puerta asoma Gabriel. Es un mocito del pueblo, que se roza con el señorío. Viste pantalón claro, guayabera de seda cruda y sombrero de ala ancha gris. Usa espuelas y lleva siempre en la mano una varita. Sus primeras palabras las dice dirigiéndose a Rosa María desde la puerta del huerto.)

GABRIEL.— *(Más vale yegá a tiempo que ronda un año.)* ¿Hay permiso?

ROSA MARÍA.— Pase usté.

GABRIEL.— ¿Y perro, hay?

ROSA MARÍA.— Está atao. (Éste es er de ayer tarde.) ¿Qué se le ofrese a usté?

GABRIEL.— A este güerto le disen er Güerto e las Campaniyas, ¿no es verdá?

ROSA MARÍA.— Sí, señó; pero eso ya me lo preguntó usté ayer tarde.

GABRIEL.— No me acordaba. ¿Ha visto usté qué mala memoria?

ROSA MARIA.— ¿Ha visto usté? ¿Se pue sabe lo que usté quiere?

GABRIEL.— ¡Ya lo creo! ¿Cómo les disen ustés a estas rositas blancas?

ROSA MARIA.— Pimpinelas.

GABRIEL.— ¿Pimpi... qué?

ROSA MARÍA.— Aqueyo.

GABRIEL.— No se enfade usté conmigo, hija.

ROSA MARÍA.— ¿Quie usté acaba?

GABRIEL. —¿Tengo yo la curpa de sé tan torpe?

ROSA MARÍA.— ¿Es usté mu torpe? ¡Qué lástima!

GABRIEL.— Como que hasta ahora no me he dao cuenta de lo bonita que es usté. Miste si hase farta sé arrimao a la cola.

ROSA MARÍA.— ¡Vaya!... *(Trata de irse.)*

GABRIEL.— *(Deteniéndola.)* Oiga usté, ¿es que no quie usté despacharme?

ROSA MARÍA.— Ar contrario: lo que quiero es despacharlo a usté en seguía.

GABRIEL.— Pos vi a darle a usté gusto.

ROSA MARÍA.— Usté dirá.

GABRIEL. —Yo necesito un ramo e flores.

ROSA MARÍA.— ¿De qué flores?

GABRIEL.— De toas. Ar capricho de usté lo dejo.

ROSA MARÍA.— ¿Grande o chico?

GABRIEL.—Ar capricho de usté. Es pa un artá que tengo en mi casa.

ROSA MARÍA.— ¿Pa un artá?

GABRIEL.— Sí; me da por la Iglesia. Como no me quie nadie en este mundo...

ROSA MARÍA.— ¡Vaya por Dios! Y ¿pa cuándo nesesita usté er ramo ese?

GABRIEL.— Yo me lo yevaría ahora mismo.

ROSA MARÍA.— Ahora mismo va a sé difísi.

GABRIEL.— ¿Por qué?

ROSA MARÍA.— Porque no tenemos flores cortás.

GABRIEL.— ¿Y ésas?

ROSA MARÍA.— Ésas están vendías.

GABRIEL.— Pos mande usté que corten más..., y mientras las cortan charlamos usté y yo de lo que se tersie. *(Sale Consuelo con un canasto por donde se fue, a tiempo de oír esta última frase.)*

CONSUELO.— ¿Qué? ¿Qué es eso?

ROSA MARÍA.— Er señó...

GABRIEL.— Güenos días.

CONSUELO.— Güenos días.

ROSA MARÍA.— Er señó, que quie un ramito e flores a la carrera.

GABRIEL.— No ersagere usté tanto: a la carrera no hase farta... Con que esté dentro e poco... Digo, si pue sé.

CONSUELO.— Sí, señó; ya lo creo que pue sé... Si de eso vivimos, de las flores...

(Llega el abuelo de la calle.)

GABRIEL.— ¿Está usté segura? ¿No serán las flores las que vivan de verlas a ustés?

CONSUELO.— ¿Pa qué nos vamos a meté en averiguarlo? Agüelo, vaya usté con er señó y córtele usté las flores que quiera pa hasé un ramito.

ABUELO.— Vamos ayá.

GABRIEL.— Yo tenía gusto en que las hubiera escogido aquí esta joven.

CONSUELO.— Esta joven no sabe de eso.

GABRIEL.— Porque lo dise usté lo creo, pero paese mentira.

CONSUELO.— Ahí tiene usté las cosas de este mundo.

ABUELO.— ¿Viene usté o no viene?

GABRIEL.— Sí señó; ahora mismo.

CONSUELO.— Usté sabrá que en este güerto las flores son caras.

GABRIEL.— Ar revés.

CONSUELO.— ¿Cómo?

GABRIEL.— Que las caras son flores.

CONSUELO.— Grasias; es favó.

GABRIEL.— Es la pura verdad. (A *Bernardo, con quien se cruza al ir huerto adentro.)* ¡Güenos días, amigo!

BERNARDO.— ¡Hola!

GABRIEL.— ¿Cómo estamos?

BERNARDO.— Bien. ¿Y usted?

GABRIEL.— Pa servirle.

BERNARDO.— ¿Por flores?

GABRIEL.— Por flores.

BERNARDO.— Hay donde escoger. Que usted siga bueno.

GABRIEL.— Vaya usté con Dios. *(Internándose en el huerto con el abuelo.)* ¡Josú qué güerto má bonito! ¡Si esto es la gloria!...

(Consuelo y Rosa María se sientan junto a la mesa y principian a cortar flores y a separar unas de otras. Bernardo se les acerca.)

CONSUELO.— ¿Quién es ese tipo, don Bernardo?

BERNARDO—Ni él mismo sabe a punto fijo quién es.

ROSA MARÍA.— ¡Ay, qué grasia!

CONSUELO.— Y ¿cómo pue sé eso? Porque yo sé quién soy.

BERNARDO.— Ahí verás tú. Es hombre que se mete hasta en los charcos.

CONSUELO.— Eso me ha querío párese a mí.

ROSA MARÍA.— Sí; no es corto e genio, no. Pero tiene ange.

BERNARDO.— Sí que lo tiene, es un tipo de gracia. Y suele caer bien en todos lados. Y lo he visto siempre dondequiera que ha habido una diversión. En la feria de Córdoba, en la de Mairena, en el Rocío, en el encerradero del Empalme... Unas veces vende caballos, otras veces los compra..., bulle en dos o tres cofradías, tiene un puesto

de pájaros, cría gallos ingleses, cambia alhajas, juega..., ¡qué sé yo! En fin, un día que estaba conmigo en los toros, se tiró al redondel y pidió permiso para dar el salto de la garrocha.

CONSUELO.— ¡Ay, qué mareo de hombre! Ahora me explico que ni ér mismo sepa lo que es. No tendrá cabesa pa acordarse.

ROSA MARÍA.— Pos, hija, asín me gusta a mí la gente. Esos hombres que no sirven más que pa una cosa, son mu esaboríos.

BERNARDO.— Tienes razón, chiquilla. Yo te buscaré en Madrid un novio a tu gusto.

CONSUELO.— ¿Pero por fin se va usté a Madrí?

BERNARDO.— Esta misma tarde.

CONSUELO.— ¿Tan pronto?

BERNARDO.— ¡Qué más da!

ROSA MARÍA.— ¿Y por mucho tiempo?

BERNARDO.— No lo sé.

ROSA MARÍA.— ¡Ay, Madrí! ¡Quién se fuera! ¿Se atreve usté a yevarme en er baú?

BERNARDO.— Y en el coche.

ROSA MARÍA.— ¡Ajolá

CONSUELO.— Las ganas que tiene esta chiquiya de ve Madrí. Yo no sé qué se le ha figurao.

BERNARDO.— ¿Y tú, no tienes ganas?

CONSUELO.— ¿Yo? ¿Pa qué? ¿Qué farta me hase a mí Madrí?

ROSA MARÍA.— Ésta no tiene curiosidá por na.

CONSUELO.— Y tú por to: semos diferentes. *(Bernardo las oye encantado.)*

ROSA MARÍA.— A mí lo que me pasa es que me gustaría salí arguna ve de estas cuatro paredes. Oye una hablá de muchos sitios y de muchas cosas de por ahí fuera, y como to lo ha hecho Dios..., le pica la curiosidá de verlo. Porque mi hermana ha yegao a creerse que en viendo er güerto ya no hay en er mundo más que ve.

CONSUELO.— Como que me sobra to lo demás. ¿Tú te crees que en Inglaterra iba yo a está más a gusto que apartando estas flores?

ROSA MARÍA.— Mujé, también te has ido a acordá de una provinsia...

CONSUELO.— Con la que una tiene más rose, mujé.

ROSA MARÍA.— Pos ya ves tú: si los ingleses fueran tan metíos en sí como tú eres, ¿cuándo íbamos acá a vendé claveles a catorse reales?

CONSUELO.— Güeno; pos que vengan eyos, pero yo me estoy quieta. Y eyos vienen porque esto es mejó que lo suyo; que te coste a ti. Yo he oído desí que ayí no sale er so más que una vez al año, y que se va en seguía porque la gente se asusta d'é.

ROSA MARÍA.— Escuche usté, don Bernardo: ¿usté ha estao en China?

BERNARDO.— Yo, no, hija de mi alma. ¿Por qué me lo preguntas?

CONSUELO.— Vamos, tú, cáyate y no seas tonta.

ROSA MARÍA.— Porque Consuelo dise que es verdá que hay Francia, y que hay Inglaterra..., y que hay París, pero que se resiste a creé que haya China.

(Bernardo suelta la carcajada.)

CONSUELO.— ¿Ves tú? Ya se está riendo. Pos me resisto a creerlo, don Bernardo; no lo pueo remediá. Se me ha metió en la idea que es una tierra inventá na más que pa los abanicos.

BERNARDO.— Te advierto que yo también tengo mis dudas.

CONSUELO.— Ya eso es «chufla» de usté.

BERNARDO.— Benditas sean ustedes que son capaces de distraerme y de alegrarme un rato.

CONSUELO.— Desimos tantas tonterías...

BERNARDO —¡Claro! Y yo, como soy tonto, me río con ellas.

CONSUELO.— ¿Tonto usté?

BERNARDO.— Tonto y medio. ¿No te parece a ti?

CONSUELO.— ¿A mí qué va a pareserme, don Bernardo?

BERNARDO.— Esto me interesa. Vamos a ver: ¿qué opinas tú de mí, Consuelito?

CONSUELO.— ¿Yo?...

BERNARDO.— Sí, tú; dímelo.

CONSUELO.— ¿Y a usté qué farta le hase?...

BERNARDO.— Ahora me hace falta.

CONSUELO.— Pos no se lo digo a usté porque se va a pone mu ancho.

BERNARDO.— ¡Vaya! Veo que tienes de mí mejor idea que yo.

ROSA MARÍA.— ¿Pero usté no tiene güena idea de su persona?

BERNARDO.— Al contrario: muy mala.

CONSUELO.— ¿Por qué, don Bernardo?

BERNARDO.— ¿Por qué ha de ser? Porque no sirvo para nada, porque no hago cosa a derechas, porque no tengo arranque...

CONSUELO.— Usté lo que tiene es la manía de no ve malamente más que to lo suyo.

BERNARDO.— No es manía: es desgracia; es que me conozco. Créeme, Consuelito: me falta voluntad, me falta el entusiasmo que a mi edad se siente por las cosas... Nada me atrae, nada despierta mi interés... Pico aquí, pico allá, de todo me canso a los dos días...

Me vuela el espíritu dentro del cuerpo como una mariposa, y este constante aletear créete que me cansa..., que me rinde...

ROSA MARÍA.— ¡Vaya por Dios!

CONSUELO.— A mí me párese que no se conose usté tan bien como piensa. ¿Quie usté que yo le diga lo que tiene? Pos una pena que no lo deja respira. Y yevándola ensima siempre y siempre a tos laos, ¿cómo quie usté que le yame la atensión na de este mundo?

BERNARDO.— Veo que discurres infinitamente mejor que mi médico.

CONSUELO.— ¿Por qué lo dise usté?

BERNARDO.— Porque mi médico, el muy simple, me aconseja que cambie de postura, que me distraiga..., que viaje... Tanto machaca, que me voy por no oírlo... Pero tú dices bien: llevando en el alma lo que llevo..., ¿qué más da que recorra el mundo? Sobre que ahora mi único consuelo está cabalmente en recrearme a todas horas en mi dolor..., en vivir del recuerdo de mi madre.... en visitar los sitios que más frecuentaba..., en dar los pasos que ella hubiera dado..., en venir a este huerto, donde no dejó de venir un solo día...

CONSUELO.— Ni uno solo, es verdá.

ROSA MARÍA.— ¡Pobre doña Rosario! Nos quería mucho.

BERNARDO.— Las quería mucho a ustedes... y a las flores. Ya le he dicho a María Jesús que durante mi ausencia quiero que vaya una de ustedes todas las tardes a cuidar las que me ha dejado.

CONSUELO.— Yo iré.

ROSA MARÍA.— Y yo.

CONSUELO.— Iremos un día una y otro día otra. ¿Usté gorverá pronto?

BERNARDO.— Creo que sí, que volveré en seguida, mal que pese a mi médico.

CONSUELO.— No, pos eso tampoco lo encuentro yo bien... Cuando don Juan lo manda...

BERNARDO.— ¿Y qué sabe don Juan?... Conque, niñas, hasta la vuelta.

CONSUELO.— ¿Se va usté ya? *(Las dos se levantan.)*

BERNARDO.— Para no pasarme aquí todo el día.

CONSUELO.— No le doy a usté la mano porque la tengo moja de las flores.

BERNARDO.— Pues te la secas.

CONSUELO.— Güeno... Ya está. Tome usté.

BERNARDO.— Así me gusta. Adiós, Rosa María.

ROSA MARÍA.— Don Bernardo, vaya usté con Dios.

CONSUELO.— Que yeve usté felí viaje... y que se acuerde arguna ve de nosotras.

BERNARDO.— Eso no me lo tienes que encargar.

CONSUELO.— Por si acaso.

BERNARDO.— NO olvidar las flores de mi madre, ¿eh?

CONSUELO.— Usté sí que no tiene que encarga eso.

BERNARDO.— Que haya salud.

ROSA MARÍA.— Con Dios, señorito.

CONSUELO.— Con Dios, don Bernardo.

BERNARDO.— *(Volviéndose un momento hacia ellas antes de irse.)* Aquí empiezan... y aquí acaban mis despedidas... ¡Qué solo estoy!... ¡Qué solo!

CONSUELO.— ¡Pobresiyo don Bernardo!... ¡Me da una pena d'él! ¡Mía que se ha quedao solo en er mundo!

ROSA MARÍA.— Verdá que sí.

(Se sientan. Pausa, durante la cual terminan su faena.)

CONSUELO.— Éstas son tres dosenas cabales. Sobran estas pocas.

ROSA MARÍA—Pos aquí tengo yo otras tres.

CONSUELO.— Ar canasto las seis.

ROSA MARÍA.— ¡Ajajá! *(Quedan sobre la mesa varias flores.)*

CONSUELO.— ¿Cuándo va a vení ése por eyas?

ROSA MARÍA.— Dijo que ar mediodía.

CONSUELO.— Entonses me las yevaré aya dentro ar fresquito.

(Encaminase hacia la puerta de frente al público y se detiene a la frase de Rosa María.)

ROSA MARÍA.— ¿A que no sabes tú lo que le está hasiendo farta a don Bernardo?

CONSUELO.— ¿Er qué?

ROSA MARIA.— Casarse.

CONSUELO.— ¡Hija, ave María; to lo arreglas tú con er casorio!

ROSA MARÍA.— A mí me han dicho que le gusta la der que fue sosio de su padre.

CONSUELO.— ¿Milagritos?... Pos mira tú, no harían mala pareja. *(Éntrase en la casa.)*

ROSA MARÍA.— ¡Ya se ve que no!

(Vuelve Gabriel con el abuelo, por la izquierda. Trae en la mano un buen ramo de rosas y claveles.)

GABRIEL.— Usté ya es amigo mío, y eso de la media caña va a sé al istante.

ABUELO.— Güeno, sí; aquí ar lao... Pero que no se enteren mis nietas.

GABRIEL.— No hay pa qué... Pasemos de largo. Güenos días, joven.

ROSA MARIA.— Güenos días.

ABUELO.— Güervo ahora mismo, ¿eh?

(Mientras llegan a la puerta, Gabriel mira atentamente a Rosa María, la cual se hace la distraída fingiendo estar ocupada en algo.)

GABRIEL.— (Más bonita es que la Virgen der Vaye.) *(Se va con el abuelo.)*

ROSA MARIA.— ¡Qué descarao es! Por poquito suerto la risa.

GABRIEL.— *(Volviendo a entrar en el huerto, con sorpresa de Rosa María, que instintivamente hace un movimiento como para marcharse.)* No huya usté de mí, que no hago daño. Miste: tengo capiya, tengo artá, tengo flores; hasta velas tengo: no me farta más que la imagen.

ROSA MARÍA.— Pos eso, un escurtó.

GABRIEL.— Si viviera er de la Virgen de la Esperansa y la copiara a usté...

ROSA MARÍA.— No querría...

GABRIEL.— ¿Que no? Pero ¿usté se ha figurao que era siego?

ROSA MARÍA.— *(Interrumpiéndolo.)* ¿Se quie usté cayá y no echarme más flores?

GABRIEL.— Como me yevo unas poquitas de usté...

ROSA MARÍA.— Pos conténtese usté con otras poquitas; no sea usté tan rumboso.

GABRIEL.— No lo pueo remedia: tengo er rumbo en la sangre.

ROSA MARÍA.— ¿Sí?

GABRIEL.— Sí. Pa que usté se convensa: por ca beso que usté me dé le doy yo seis o siete.

ROSA MARÍA.— ¡Ay, qué grasioso!

GABRIEL.— *(Tirándole de improviso a los pies el ramo de flores, que se deshace por completo.)* ¡Grasiosa, usté!

ROSA MARÍA.— *(Sobrecogida.)* ¡Ay!

GABRIEL.— Pisa usté y nasen flores. ¡Lo que vale er Güerto e las Campaniyas!

ROSA MARÍA.— ¡Lo que charla usté, hijo de mi arma!

GABRIEL.— ¡Lo que me gusta usté, reina e mayo!

ROSA MARÍA.— ¡Lo que pondera usté, rey de abrí!

GABRIEL.— Ponderasión de lo bonito, usté, Rosa... María.

ROSA MARÍA.— ¿Y quién le ha dicho a usté mi nombre?

GABRIEL.— Yo, que lo he asertao... Tenía que sé ése. Rosa, usté, y María, que es er nombre e la Virgen.

ROSA MARÍA.— ¿Y qué más?

GABRIEL.— Que a mí me pusieron Gabriel.

ROSA MARÍA.— ¿Y a mí qué me importa?

GABRIEL.— Me importa a mí que usté lo sepa.

ROSA MARÍA.— ¿Y qué más?

GABRIEL.— Aquello, como usté me dijo.

ROSA MARÍA.— Pos aqueyo quie desí que se acabó er palique.

GABRIEL.— Pos se acabó. ¿Más obediente? Dios la bendiga a usté, morena.

ROSA MARÍA.— Grasias.

GABRIEL.— No hay de qué. Güenos días.

ROSA MARÍA.— Güenos días. (Tiene mucho ange.)

GABRIEL.— (Pan comió.) *(Se va. Rosa María se interna en el huerto volviendo la cara.)*

Fin del acto primero

Acto segundo

La misma decoración del acto primero.

(Es día de fiesta. Los trajes de la familia del huerto dan de ello claro indicio. Madre e hijas y el propio abuelo, tienen puestos los trapitos de cristianar. Aparecen sentados ante la puerta de frente al público, en compañía de Bernardo, el cual se ocupa en retratar a Charito en un pequeño álbum de dibujo. Rosa María, desviada un poco del grupo general callada y cejijunta, manifiesta en su actitud que si algo le interesa en aquel momento no es precisamente la conversación de su familia. Charito está en pie.)

BERNARDO.— Charito, no te muevas. Estáte quieta.

CHARITO.— ¿Más toavía?

ÁNGELES.— Paese que tiene asogue este demonio.

CHARITO.— Ya sartó la beata.

MARÍA JESÚS.— *(Reprendiéndola.)* ¡Schss! ¡Charito!

ÁNGELES.— Si no le rieran tanto las grasias...

CHARITO.— Cáyate ya.

CONSUELO.— La que tiene que cayarse eres tú, que te vas gorviendo mu respondona.

ROSA MARÍA.— *(Si ér supiera er daño que me hase, no tardaría.)*

CHARITO.— Don Bernardo, ¿estoy bien?

BERNARDO.— Hablando estás, muchacha.

ABUELO.— Como que si estuviera cayá, no era eya.

CHARITO—Mía er viejo también: no pue con los carsones y tiene gana e chirigotas.

MARÍA JESÚS.— ¡Niña!

ÁNGELES.— A esta mona va a habé que yevarla a confesá.

CHARITO.— ¿Con quién?, ¿con er padre Justo? No, hija mía, que es mu preguntón. *(Sueltan la risa todos.)*

BERNARDO.— A ver qué te parece. *(Le da el álbum, que va corriendo luego de mano en mano.)*

CHARITO.— ¿Ésta soy yo? Vamos, quítese usté de ahí.

CONSUELO.— Trae acá. ¡Ay, don Bernardo, no diga usté que ésta es mi hermana!

ÁNGELES.— ¿Sabes tú a quién se da un aire? A la demandadera der Socorro.

MARÍA JESÚS.— ¡Por Dios, don Bernardo, mi Charito es mucho mejó!

CHARITO.— ¿Tengo yo esa narí tan larga?

CONSUELO.— Ni esa narí ni na. Usté dispense, don Bernardo.

BERNARDO.— Que lo vea el abuelo, que es el que entiende aquí.

CHARITO.— Místelo, agüelo. Diga usté la verdá.

ABUELO.— La verdá es que te ha favoresío...

MARÍA JESÚS.— ¡Al istante!

ABUELO.— ¡Que te ha favoresío mu poco!... ¡Je, je!

BERNARDO.— ¡Vaya! El fracaso ha sido completo. Yo que tenía mis ilusiones... Dame el álbum, Charito.

CHARITO.— Escuche usté: ¿y aqué libro de coplas que iba usté a traerme?

BERNARDO.— ¿Cuál?

CHARITO.— ¡Digo! Ya no se acuerda. Uno que me ofreció usté er mes pasao, antes de irse a Madrí...

BERNARDO.— ¡Ah, sí, es verdad! Perdóname. Sobre mi mesa está hace un siglo.

CHARITO.— ¡Pos ayí pue quearse!

BERNARDO.— Descuida, que mañana te lo traeré. Por cierto, que me han dicho esta tarde una copla que no conoces tú.

MARÍA JESÚS.— Difisiliyo es eso, don Bernardo.

CONSUELO.— Yo no comprendo cómo le caben tantas en esa cabesa tan chica.

ÁNGELES.— Más valía que aprendiera otras cosas.

CHARITO.— Sí; orasiones pa no condenarme, ¿eh? Dígame usté esa copla, don Bernardo.

BERNARDO.— A ver si la acabas:

Dices que no la quieres
ni vas a verla...

CHARITO.—

Pero la vereíta
no cría yerba.

¡Vaya, una vejé!

ABUELO.— ¡Pero, señó, si eso lo cantaba mi agüelo... y le desían ya que era antiguo!

BERNARDO.— ¿Sí? Pues a ver esta otra:

No quiero querer a nadie
ni que me quieran a mí...

CHARITO.—

Quiero andar entre las flores,
hoy aquí, mañana ayí...

CONSUELO.— ¡También es nueva! Está usté mu atrasao de notisias, don Bernardo. ¿A que no rematas ésta, Charito?

Tengo enfrente la fuente
de mi deseo,
tengo sé, veo el agua
y no la bebo...

CHARITO.—

Mira qué pena,
tener sé, ver el agua
y no bebería.

MARÍA JESÚS.— ¿Lo ve usté, don Bernardo?

ROSA MARÍA.— ¿Y ésta, Charito?

CHARITO.— ¿Resoyaste ya?

ROSA MARÍA.— Escucha:

¡Quién fuera y yegara ahora
donde tengo er pensamiento!

CHARITO.—

Er sitio no lo diré
porque no lo sé de sierto.

BERNARDO.— ¡Qué bonita!

CHARITO.— Más bonita es ésta. Escuche usté:

Esta serrana está loca,
loca que la van a ata...

ABUELO.—

Que lo que sueña de noche
quiere que sarga verdá.

ÁNGELES.— ¡Mía el agüelo! ¿A que digo yo una que ninguno sabe?

CHARITO.— ¿A que no?

ÁNGELES.—

Si fueres a confesa,
desanímate primero...

CHARITO.—

Que confesión sin desamen
es leña para el infierno.

ABUELO.— ¡Ea! Apuesto cuarquier cosa a que mi Charito ni nadie me remata a mí ésta:

Un cuerno en una caye...

CHARITO.—

Se *hayo un usía...*

CONSUELO.—

Y se quedó pensando
de quién sería...

BERNARDO.—

Y hecho una pieza...

CHARITO.—

No quitaba las manos
de su cabesa.

ABUELO.— Cayao pa toa la tarde. Veo que la saben tos.

BERNARDO.— No hay quién pueda con Charito.

MARÍA JESÚS.— Como que si a mano viene las saca eya.

CHARITO.— Tengo tantas en er sentío...

ABUELO.— *(En voz baja).* Oye, sácale una a Rosa María, que está mu cayá.

CHARITO.— *(Después de pensar un momento.)*

Esperando a mi novio
las horas paso...
De tenerme la cara
me duele er braso.

(Todos se ríen.)

ROSA MARÍA.—Verás tú, Charito, verás tú. *(Se levanta y se va al interior.)*

CHARITO.— A la ventana va a esperarlo. Le ha entrao fuerte.

CONSUELO.— Don Bernardo, ¿usté no ha visto a Charito remedá a Juan Antonio?

BERNARDO.— ¿Al sacristán?

CONSUELO.— Verá usté qué bien lo remeda.

ÁNGELES.— No, no, mujé, que pue enterarse el hombre.

MARÍA JESÚS.— ¿Qué ha de enterarse, tonta?

BERNARDO.— Anda, Charito.

CHARITO.— *(Yéndose a la puerta.)* Su entrada es así: «Buesna tarde...» *(Todos se ríen, celebrando la fidelidad y la gracia de la copia.)* «María Jesús..., abuelo..., Consuelito..., don Bernardo..., Ángeles... ¿«Tosdo bueno» por aquí? Yo «reventasdo»... Aquel cura es un animal... ¡Huy!, ¿qué he dicho? ¡El Señor me perdone!»

MARÍA JESÚS.— Es que lo ha cogió to er demonio e la muchacha.

CONSUELO.— Es lo mejó que imita.

ABUELO.— Esta chiquiya va a sé cómica.

BERNARDO.— Tiene mucho salero.

ÁNGELES.— No, pos no me gusta a mí que se burle de nadie.

ABUELO.— En nombrando ar ruin de Roma... Ahí viene é.

ÁNGELES.— Cayarse, por Dios.

(Llega, en efecto, Juan Antonio.)

JUAN ANTONIO.— «Buesna tarde.» *(La entrada, con la misma frase de Charito, es una explosión de risa que a duras penas logran contener. Durante todo el saludo sigue la misma disimulada diversión.)*

ABUELO. —Hola, Juan Antonio.

JUAN ANTONIO.— María Jesús..., abuelo..., Consuelito..., Ángeles..., Charito..., don Bernardo... *(Cada cual se escurre por donde puede, aguantando la risa.)* ¿Por aquí «tosdo» bien?

ABUELO.— Nos vamos defendiendo. *(Se va al interior de la casa. María Jesús se va a la calle con su silla.)*

ÁNGELES.— ¿Y usté, Juan Antonio?

JUAN ANTONIO.— «Reventasdo», hija. Me ha salido un cura que es un melón... ¡Huy!, ¿qué he dicho? El Señor me perdone. *(Consuelito coge también su silla y se larga a la calle sin poder pronunciar palabra. Charito se va al interior de la vivienda, y Bernardo se mete huerto adentro. Juan Antonio los mira irse un tanto sorprendido.)* ¿Qué pasa? ¿Qué dispersión es ésta?

ÁNGELES.— No sé..., no sé... (Luego disen que yo me enfado...)

JUAN ANTONIO.— Vamos, que han comprendido que tenemos que hablar de nuestra capillita.

ÁNGELES.— Será eso.

JUAN ANTONIO.— ¡Si viera usted qué monísimo está el Niño Jesús con el trajecito de majo!

ÁNGELES.— ¿Lo ha visto doña Carmen?

JUAN ANTONIO.— ¡La primera! Y está encantada. Le llama el pastorcito. Al verlo se hizo lenguas de usted.

ÁNGELES.— Una, en su pobresa... ¿Usté se cree que si yo fuera rica no iba a pone la capiya como un ascua e oro?

JUAN ANTONIO.— Ya lo está, ya lo está...

ÁNGELES.— Grasias a doña Carmen, que es tan güena.

JUAN ANTONIO.— Y a sus manos de usted, que hacen primores.

ÁNGELES.— ¿Le he dicho a usté que doña Carmen corre con mi dote?

JUAN ANTONIO.— *(Con pena.)* Sí.

ÁNGELES.— Y con mi hábito.

JUAN ANTONIO.— *(Suspirando.)* ¡Ay! *(Pausa. El abuelo y Charito pasan de la casa a la calle riéndose de Ángeles y Juan Antonio.)* Escuche usted, Angelitos: ¿ha meditado usted bastante el paso que va a dar?

ÁNGELES.— Lo estoy pensando desde que nasí; conque ya usté ve...

JUAN ANTONIO.— ¡Ay!

ÁNGELES.— Mire usté: mientras mis otras hermaniyas jugaban cuando chicas a los novios, Carlota y yo jugábamos como unas tontas a los conventos.

JUAN ANTONIO.— ¿Cuál es Carlota?

ÁNGELES.— La que está en el Hospital e la Sangre.

JUAN ANTONIO.— ¡Ah, sí!

ÁNGELES.— A mí una ve —tendría yo hasta sinco años o seis— se me aparesió la Virgen de la Esperanza..., y no fue en sueños, no, que estaba yo dispierta como ahora.

JUAN ANTONIO.— Es particular.

ÁNGELES.— Pos güeno, verá usté. Con la Virgen de la Macarena iba er San Juan de San Lorenso, que fue lo que me yamó la atensión... Y la Virgen me dijo, dise: «Tú has nasío, pa monja; pa resá por la gente mala...». Y San Juan hiso que sí con la cabesa. Yo estaba como er marmo: aqueya noche no pegué los ojos de mieo... Me tuvo que yevá mi madre a su cama, se lo referí to, y desde entonse vengo reinando en lo der monjío...

JUAN ANTONIO.— ¡Ay! (Pone una carita de tonta, que me pierde!)

ÁNGELES.— Luego, ya usté sabe lo que a mí me gusta resá, y aprendé orasiones, y di a las iglesias, y ve las cofradías... ¡Ay, las cofradías!... Las de madrugá, sobre to, me dan un respeto y una cosa... Vamos, yo creo que a nadie le pasa lo que a mí, cuando una mujé o un chiquiyo se pone elante der Señó der Gran Podé a canta una saeta... Es un frío tan espesiá er que me entra... y un silensio tan grande por dentro de mí... Yo no sé esplicarlo..., digo la ma de paparruchas...

JUAN ANTONIO.— ¡Ay, Ángeles! Tiene usted un alma sencilla y pura como el aroma de una flor... y tiene usted un cuerpo...

ÁNGELES.— ¡Juan Antonio!

JUAN ANTONIO.— ¡Huy, qué «diparaste»! Perdón, «asmiga» mía... (¡Malo! ¡Ya empezaron las eses!) De lo que yo quiero convencer a usted es de que Dios está en todo... y lo mismo se le sirve entre «la cuastro parede fría» de un convento, que fregando «plasto» o que cortando «flosres»... ¿Por qué ha de exigirle a una juventud de rosa fresca que se marchite, que se aje, que se consuma..., sin sol y sin luz?... (¡Estoy hecho un papelucho republicano!)

ÁNGELES.— ¡Juan Antonio!, ¿qué dise usté? Un hombre consagrao a Dios y a la Iglesia...

JUAN ANTONIO.— Es cierto, sí; consagrado a Dios... Con poco sueldo; pero, en fin, consagrado a Dios...

ÁNGELES.— ¡Pos lo va usté enmendando!

JUAN ANTONIO.— No sé lo que me digo, Ángeles...

ÁNGELES.— *(Acercándosele mucho con solicitud y cariño.)* ¿Pero qué le susede a usté?

JUAN ANTONIO.— Nada..., nada..., el calor..., los nervios..., el calor, sobre todo...

ÁNGELES.— ¿Quiere usté refrescarse? Vamos ayí junto a la noria.

JUAN ANTONIO.— Vamos donde usted quiera.

ÁNGELES.— Y de paso cogeremos unas flores pa doña Carmen...

JUAN ANTONIO.— Bueno; sí... (Me siento pecador al lado suyo.)

(Se encaminan los dos hacia el fondo y por allí se pierden.)

ÁNGELES.— Otra cosa que a mí me encanta, Juan Antonio, es er sosiego que hay en los conventos..., la tranquilidá. ¡Qué me gusta cuando yo entro en argunos y veo a las madres por entre las rejas aparesé delante del arta, como sombras blancas..., sin sentí sus pasos!... ¿No es verda que es bonito?

JUAN ANTONIO.— *(Suspirando desesperado.)* ¡Ay! (¡Pobre Juan Antonio! ¡No es para ti esta mariposa!...)

(Sale de la casa Rosa María por la puerta principal, antes que desaparezcan del todo, Juan Antonio y Ángeles.)

ROSA MARÍA.— Ya viene ahí. No me verá esta tarde la grasia. *(Se sienta hacia la izquierda. Llega de la calle Gabriel canturreando distraídamente. Charito lo sigue.)*

GABRIEL.—

Tus ojos y mis ojos
se han enredao

CHARITO.— Gabrié...

GABRIEL.— *(Deteniéndose un instante.)* Hola. ¿Qué quieres?

CHARITO.— ¿Le pido permiso a madre y nos vamos los tres a da un paseo como el otro domingo?

GABRIEL.— Por mí, desde luego.

CHARITO.— Pos voy ayá. *(Vuélvese a la calle.)*

GABRIEL.— *(Acercándose a Rosa María.)* Dios te guarde, paloma.

ROSA MARÍA.— Dios te guarde a ti, gavilán.

GABRIEL.— ¿Corajito tenemos? ¿A ti te paese medio regulá resibí a un hombre en día de fiesta con esa cara?

ROSA MARÍA.— Pos no tengo otra.

GABRIEL.— Ni farta que te hase; ésa es otra cuestión. De más sabe la dueña de esa cara que pa Gabrié Moreno no hay ninguna más bonita en er mundo.

ROSA MARÍA.— Pos la dueña de esta cara es la que yeva dos horas esperándote.

GABRIEL.— ¿Dos horas? *(Sacando su reloj y mirándolo.)* ¡Mardita sea mi suerte! ¿Parao otra ve? *(Lo tira contra una silla con rabia.)*

ROSA MARÍA.— ¿Qué hases, hombre?

GABRIEL.— ¡Na; que mañana me compro uno de arena! *(Lo recoge y lo mira de nuevo.)* ¡Ole! Ya está andando. *(Se lo guarda.)*

ROSA MARÍA.— *(Riéndose, a pesar suyo.)* ¡Eres una fiera, Gabrié!

GABRIEL.— *(Acercándosele mucho.)* Ten cuidao no te coma.

ROSA MARÍA.— *(Deteniéndolo.)* Estáte quieto.

GABRIEL.— Pos déjame que me siente a la vera tuya. *(Lo hace.)*

ROSA MARÍA.— ¡No te debía ni hablá!

GABRIEL.— Cántame, si quieres.

ROSA MARÍA.— ¿Ande has estao? ¿De ande vienes ahora? ¿No ves lo que sufro esperándote, malas entrañas? ¡Ya lo creo que lo ves!... Lo que tiene que sabes cómo te quiero, y te gosas en haserme rabiá. Estás tan seguro de mi cariño...

GABRIEL.— Tan seguro como tú der mío.

ROSA MARÍA.— Una mijiya más, ¿no te parese?

GABRIEL.— *(Fijándose en ella.)* ¿Has yorao?

ROSA MARÍA.— Er caso no era pa reí.

GABRIEL.— ¡Benditos sean tus ojos, chiquiya!

ROSA MARÍA.— Te gusta que yore, ¿no es eso?

GABRIEL.— Eso es; ¿a qué vi a negarlo? Soy así: las flores, con rosío, y las mujeres, con lágrimas.

ROSA MARÍA.— ¡Gabrié!

GABRIEL.— ¿Y a ti, cómo te gustan los hombres?

ROSA MARÍA.— Más cabales que tú.

GABRIEL.— ¿Pos qué me farta a mí, morena?

ROSA MARÍA.— Ese coraje que a mí me hase yorá cuando no te veo.

GABRIEL.— Estás hablando de memoria. ¿Qué sabes tú de las perreras que yo me tomo en casa?

ROSA MARÍA.— ¿Tú? Miente menos y quiere más.

GABRIEL.— Las dos cosas son imposibles.

ROSA MARÍA.— Toa la noche me la he yevao soñando contigo.

GABRIEL.— Y yo contigo. Es verdá que a mí no me hase farta que yegue la noche pa eso... ¿Qué has soñao tú?

ROSA MARÍA.— Que querías a otra.

GABRIEL.— Las cosas e los sueños.

ROSA MARÍA.— Y me entró una rabia, Gabrié, me entró un coraje y una pena, que rompí a yorá..., y er fuego de las lágrimas en la cara me dispertó. *(Dice esto clavándole inconscientemente a Gabriel las uñas en un brazo.)*

GABRIEL.— Güeno, mujé, pero no aprietes tanto, que es mentira.

ROSA MARÍA.— ¿Y tú, qué has soñao? ¿Pue saberse?

GABRIEL.— Que tú no querías a nadie más que a mí.

ROSA MARÍA.— Ésa es la verdá: yo lo que te pregunto es lo que has soñao.

GABRIEL.— Pos eso: la verdá. Y luego, entre otras cosas, soñé también que perdí el espejo y no podía afeitarme sin é; y tú me dijiste: «Pero ven acá, pamplinoso: ¿tienes más que mirarte aquí?». Y me afeité mirándome en tus ojos.

ROSA MARÍA.— ¡Qué payaso eres!

GABRIEL.— ¿Crees tú que no pue sé? *(Aproximando mucho su cara a la de ella.)* Fíjate.

ROSA MARÍA.— Gabrié, no te aserques.

GABRIEL.— *(Cogiéndola por las manos.)* Si es pa probá: mírate tú en los míos.

ROSA MARÍA.— ¡Suerta!

GABRIEL.— ¡No quiero!

ROSA MARÍA.— ¡Que hasta las flores ven!

GABRIEL.— ¡Que vean! ¡Si no pueo remediarlo! ¡Si me arrimo a ti porque tú tiras de mí sin darte cuenta!... Mía que hay aquí olores; mía que se esmaya uno respirándolos... Pos no son na pa mí: el olorsito de tu cuerpo es er que me emborracha, es er que manda en mis sentíos.

ROSA MARÍA.— ¡Grasias a Dios que hoy me suena a verdá una cosa tuya! En pensá muchas veses que no eres mío, mío der to, como estas carnes que tan bien te güelen, me abraso de doló y de rabia, Gabrié... Y cuando yegas tú, y me dises lo que mas dicho ahora, y yo me lo creo, hago asín... *(Aspirando con delicia.)* y me ensancho toa con un gusto..., no sé cómo explicarte...; hago asín..., amos, lo mismo que la tierra, cuando ar mediodía se suerta el agua e los canaliyos.

GABRIEL.— Y qué mala es la sé, ¿verdad, Rosa María?

ROSA MARÍA.— Mu mala, Gabrié, mu mala. ¿Por qué me lo preguntas?

GABRIEL.— *(Abrazándola por la cintura.)* Porque... *(Sintiendo a Charito, que en este momento llega de la calle, y volviéndose a ella con naturalidad.)* ¿Qué es eso, nos vamos por fin a da un paseo?

CHARITO.— Nos vamos. Madre me ha dicho que con ta que vengamos pronto...

ROSA MARÍA.— Pos arsa, yégate por los mantones.

CHARITO.— Ya estoy aquí. *(Éntrase corriendo en la casa.)*

ROSA MARÍA.— ¿Ves tú? Por poquito nos coge...

GABRIEL.— Por poquito; pero no tengo yo la culpa. *(Vuelve María Jesús de la calle, seguida de Barrena.)*

MARÍA JESÚS.— Entre usté, Sidoro.

BARRENA.— Güenas tardes.

GABRIEL.— Güenas tardes, amigo.

MARÍA JESÚS.— Cuidaíto con apartarse der barrio, ¿eh? Y gorvé antes de que anochezca; no pase lo del otro día.

ROSA MARÍA.— Descuide usté, madre. *(Sale Charito con los mantones.)*

CHARITO.— Toma, Rosa María.

ROSA MARÍA.— Trae acá.

GABRIEL.— Hasta luego.

MARÍA JESÜS.— Vayan con Dios.

GABRIEL.— *(A Rosa María.)* Anda pa alante, clavé de tres beyotas... *(Se van los tres.)*

MARÍA JESÜS.— Siéntese usté, Sidoro.

BARRENA.— Yame usté al agüelo también, que quieo que esté presente.

MARÍA JESÚS.— ¿También el agüelo? ¡Josús y cuánta seremonia!

BARRENA.— Es que er caso lo ersige, María Jesús.

MARÍA JESÚS.— *(Desde la puerta de la calle.)* ¡Padre! ¡Venga usté, que Barrena quie hablarnos! *(Se sientan los dos.)*

ABUELO.— *(Saliendo.)* ¿Qué has dicho, hija?

MARÍA JESÜS.— Que Barrena quie hablarnos.

BARRENA.— Señó Fernando, siéntese usté a la vera mía.

ABUELO.—- Con mucho gusto, amigo. *(Lo hace.)*

BARRENA.—Vamos a lia un sigarro primero, que al fin y ar cabo jumo es usté, y jumo soy yo..., y jumo es to esto. *(Le da su petaca al abuelo.)*

MARÍA JESÜS.— ¿Y yo, no soy jumo? ¡Lo que cavila usté, compadre!

BARRENA.— Comadre, cavilasiones e la desgrasia. *(Callan los tres, mientras él y el abuelo lían y encienden un cigarrillo. Entretanto, pasan por delante de ellos hacia la calle Ángeles y Juan Antonio. Ángeles va corrida y ruborosa, con los ojos bajos. Juan Antonio, más corrido y apesadumbrado que ella, la sigue maquinalmente a alguna distancia.)*

ÁNGELES.-— (Nunca lo esperé de Juan Antonio... ¡Vaya!... ¡Sabiendo la vocasión que yo tengo!...)

JUAN ANTONIO.— (¡Por bruto!... ¡Por bruto!... Sí, porque si el pellizco es en un brazo, no se enfada.)

MARÍA JESÚS.— Güeno, compadre, usté dirá; que se viene la noche ensima.

BARRENA.— Comadre, es que tengo la boca seca... Miste: der dijusto no pueo escupí. *(Intenta escupir inútilmente.)* Na; que no pueo escupí.

ABUELO.— Pos fume usté na más, amigo Barrena.

BARRENA.— Se me han venío ensima toas las desgrasias juntas, comadre. Hase farta er pecho de un Barrena pa no pegarse un tiro en la sien. Mi apeyío, deshonrao, mis hijas..., que ya no hay déos pa señalarlas; mi mujé, más mala ca día y más fea ca minuto... ¿Quie usté más?

MARÍA JESÚS.— A mí me sobra to.

ABUELO.— Y a mí lo mismo. Corte usté p'onde quiera.

BARRENA.— Eya estuvo aquí anoche, ¿verdá?

ABUELO.— Aquí estuvo.

MARÍA JESÚS.— Pero me da er corasón que no güerve.

BARRENA.— ¿Puso mi apeyío en reículo?

MARÍA JESÚS.— Y er suyo también.

ABUELO.— Lo que no es verdá es que Juliana esté ca día más fea, amigo Sidoro.

BARRENA.— Agüelo, no se «pitorree» usté, que harta desgrasia tiene er que la ve a toas horas elante suya. ¡Mardita zea la hora en que nasí! Pa tirarme ar río he estao esta tarde en er Puente e Jierro con una piedra en ca borsiyo. Mi mujé y mis hijas van a presipitarme.

MARÍA JESÚS.— ¡Cuarquiea lo presipita a usté!

BARRENA.— El apeyío Barrena siempre ha podio mirarse ar so; ustés lo saben. Güeno: pos yo soy Barrena. Mi mujé es Corrá... Corrá de los peores... Y mis niñas son Barrena y Corrá, pero, desgrasiámente, de Barrena tienen mu poco.

ABUELO.— En eso estamos tos.

MARÍA JESÚS.— Alante.

BARRENA.— Miste, comadre; miste, agüelo; la vergüensa no está en casa e Barrena cuando Barrena está en la caye. Y viseversa. Er dinero es mardito: un día yegó una perra a la oreja e la mía, le sopló er sonío de sien duros... y no fue mesté más. Ayí empeso a perdé terreno la vergüensa en mi casa. A medía que se iba el honó, que es cosa mora, entraban por las puertas comodidaes físicas... Ar prinsipio —voy a desirlo to—, jasta er propio Barrena se hayaba a gusto, porque no se daba cabá cuenta de su desgrasia... Pero aluego vino la reflersión..., y ahora, comadre e mi vía; ahora, agüelo e mi arma... *(Enterneciéndose y lloriqueando.)* er pan que como lo como mojao en lágrimas, como los gorriones.

MARÍA JESÚS.— *(Levantándose decidida.)* ¿Pos sabe usté lo que le digo?

BARRENA.— Déjeme usté acaba. Mi casa está que no la conozco; ca día me jayo ar dispertarme un chisme nuevo... Mi mujé me trata a trompicones —es verdá que en eso no ha cambiao—; mis niñas me despresian y me pegan toas...; jasta la más chica se atrevió ayé a levantarme la mano; la sea de que se visten me quema a mí las carnes na más e de verla; los alimentos que eyas toman se me jasen a mí un núo como una piedra en la garganta; er lujo a mi mesa me pone colorao..., me ofende... ¡Yo no he visto en mi vía tanto queso junto!... Siento una sé, comadre, que me ajoga...

ABUELO.— Es naturá; er queso píe mucha agua.

BARRENA.— ¿Quié usté haserme er favó de no «chuflarse» ahora con las penas der prójimo? La sé que yo siento es de justisia, agüelo, de justisia..., de pundonó..., de

limpiesa e sangre..., ¡de to eso junto! ¿Me quién ustés desí qué es lo que jago yo pa apagarla?

MARÍA JESÚS.— No pue sé más sensiyo; y a eso iba yo, antes. Yo vivía en la creensia de que usté tenía tan poca lacha como toa su gente.

BARRENA.— ¡Comadre!

ABUELO.— Le arvierto a usté que en esa creensia vive er barrio entero.

BARRENA.— ¡Agüelo!

MARÍA JESÚS.— Pero si es verdá que usté es un hombre honrao, dos caminos tiene usté pa elegí: o echa a la caye a la arrastrá de su mujé y a las retunantas de sus niñas, o dirse usté solo a comerse un cacho e pan duro, aunque sea debajo de un paraguas. ¿Lo quié usté más claro? Pos agua e mi noria, que es la más limpia que conozco. Y quéese usté con Dios.

(Vase a la calle. Barrena se queda unos momentos apabullado por el chaparrón. Aparece Bernardo, por el fondo, copiando en su álbum de dibujo plantas y flores y variando con frecuencia de punto de vista.)

BARRENA.— ¿Ha visto usté qué rosiá?... Cuando uno viene buscando consuelo... ¡Na; que va a sé cosa de tirá piedras por la caye!

ABUELO.— No se esanime usté, que en este mundo to se arregla, Sidoro. ¿Quie usté tomarse conmigo dos medias cañas e vino duro... y usté verá cómo sale una solusión?

BARRENA.— Lo que usté diga, agüelo, lo que usté diga...

ABUELO.— *(Llegándose a la puerta del huerto y llamando.)* ¡Consueliyo! ¡Escucha un momento! *(Viene Consuelo.)*

CONSUELO.— ¿Qué hay?

ABUELO.— ¿Ande está er vino duro?

CONSUELO.— ¿Er vino duro? Vengan ustés conmigo. *(Éntrase en la casa por la puerta de frente al público.)*

ABUELO.— Amos, Sidoro; lo tomaremos ayá dentro.

BARRENA.— ¡Qué bien manda!... ¡Qué agrao er suyo! ¡Bendito sea Dios!... ¡Se le quién paresé las mías!...

ABUELO.— Miste, amigo Barrena: ésta, y la otra, y la de más ayá, y las de usté, y las der vesino, ¡toas son flores!

BARRENA.— ¡Agüelo!

ABUELO.— ¡Flores, flores toas! La que no es jasinto es alelí, la que no es alelí es geranio, la que no es geranio es mosqueta...

BARRENA.— ¡Agüelo, por la Virgen der Carmen!

ABUELO,— Er toque está en er jardinero... en cuidá er güerto mucho..., en poné cristales en las tapias pa que no sarten los ladrones..., en que haiga un perro...

BARRENA.— Perro hay en casa; por ahí no va usté malamente; pero ni con la Biblia en la mano me prueba usté a mí que mi señora es una flo.

ABUELO.— Arto er carro: yo, al habla de mujeres, les yamo asín a las que están entre los quinse y los treinta años... Las demás ya son otra cosa; a sabe: sorteronas, beatas, suegras, brujas...

BARRENA.— ¿Y a qué edá prinsipian a sé brujas, señó Fernando?

ABUELO.— A la de su mujé dé usté, ni año más ni año menos.

BARRENA.— ¡Me caso con la Torre'el Oro!... Me ha jecho usté reí. ¡Y miste que tengo yo unas tripitas ahora!...

ABUELO.— ¿Amos a remojarlas?

BARRENA.— Amos. *(Entran en la casa riéndose. Bernardo se sienta de espaldas a la casa y dibuja. Sale Consuelo por la puerta principal, y al ir hacia la calle, repara en él y se le acerca cautelosamente para ver lo que hace. Al cabo de un rato suelta una carcajada, que saca de su abstracción a Bernardo.)*

BERNARDO.— ¡Hola! ¿Me estabas viendo? ¿De qué te ríes?

CONSUELO.— De lo en serio que ha tomao usté esto de la pintura.

BERNARDO.— ¿Te llama la atención?

CONSUELO.— ¡Pos ya se ve! Como que paese que va usté a seguí en eyo..., y luego lo dejará usté a los ocho días. No va a sé la pintura más afortuná que otras cosas... Usté no se debe casá.

BERNARDO.— ¿Por qué?

CONSUELO.— Porque va usté a renegá de su señora a los tres meses de matrimonio.

BERNARDO.— Eso le pasa a medio mundo.

CONSUELO.— ¡Don Bernardo, por Dios!...

BERNARDO.— Pero, en fin, no pienso guiarme de tu consejo, Consuelito... Me casaré... en cuanto tenga novia... y dinero.

CONSUELO.— En lo de la novia no entro ni sargo, pero en lo der dinero no yeva usté rasón ninguna.

BERNARDO.— No es que necesite pedir limosna, mujer; ¿pero adonde voy yo con una tienda medio arruinada y cuatro cuartos escasos que me dejó mi padre?

CONSUELO.— Si usté arrimase el hombro a la tienda...

BERNARDO.— Para arrimar el hombro tendría que arrimarme yo, y por no ver el mostrador ni los libros de caja, la regalo con dinero encima.

CONSUELO.— A ve, don Bernardo, a ve esa hoja...

BERNARDO.— ¿Cuál?

CONSUELO.— Ésa que ha pasao.

BERNARDO.— *(Pasando varias.)* ¿Ésta de las violetas?

CONSUELO.— No, no: la de antes. Ésa.

BERNARDO.— ¿Te gusta?

CONSUELO.— Mucho. Es er rosá de filo que hay junto a la tapia, ¿verdá usté?

BERNARDO.— El mismo.

CONSUELO.— Está mu bien sacao.

BERNARDO.— ¿Lo quieres?

CONSUELO.— ¿Yo? ¿Y pa qué, si tengo ayí er rosá?

BERNARDO.— Me has convencido... y le has dado una puñalada a mi arte.

CONSUELO.— ¡Ay, Jesús!

BERNARDO.— Siéntate; verás lo que he hecho hoy.

CONSUELO.— *(Obedeciendo.)* Vamos a ve. *(Se ríe.)* La verdá es que yo entiendo mucho de estas cosas.

BERNARDO.— ¿Que si entiendes?... ¿Conoces esto?

CONSUELO.— Esto es un pedaso der jazmín reá. También está mu propio.

BERNARDO.— ¿Y esto qué es?

CONSUELO.— La selinda. Y esto que está a la vera, er granao.

BERNARDO.— Oye: ¿cómo se llama un rosal blanco que hay junto a la celinda?

CONSUELO.— Rosá de virgen.

BERNARDO.— ¡Ah!, de virgen. ¿Y éste?

CONSUELO.— Ése me quie paresé er de cobre.

BERNARDO.— Me asombra que los reconozcas aquí.

CONSUELO.— Tengo tanta costumbre de mirarlos...

BERNARDO.— ¿Cuál de los dos te gusta más, éste o el de virgen?

CONSUELO.— Los dos lo mismo.

BERNARDO.— ¿Y de todas las flores, vamos a ver?

CONSUELO.— Ca una por su cosa, me gustan toas iguales. Desde que nasí, estoy entre eyas... Usté carcule... A toas las quiero. Serrando los ojos, por el oló las conozco a toas. Yo creo que si me sacaran de aquí arguna ve, me moría.

BERNARDO.— ¿El huerto ya es propiedad de ustedes, no?

CONSUELO.— Sí, señó; ar morí er señorito, va ya pa sinco años, se lo dejó a mi padre en agradesimiento. Como mi padre fue moso e su casa toa la vía...

BERNARDO.— Y ¿les da a ustedes mucho que hacer?

CONSUELO.— Sabe usté que como se hase a gusto, una no lo nota. Er trajín mayó lo tenemos por la mañana.

BERNARDO.— ¿Sí?

CONSUELO.— Sí. ¿No ve usté que casi tos los floreros vienen mu temprano? Los de la Encarnasión, sobre to, vienen ar se de día; y ya nosotras les tenemos preparas las flores. Mi madre y yo nos levantamos toavía con estreyas... y comensamos a corta las blancas, que son las que mejó se ven a esas horas... Y luego, poco a poco, cuando va yegando la luz der día, se van distinguiendo los colores de las otras, y asín que las vemos las cortamos también. Es una faena mu bonita. Ar prinsipio mira una pa er sielo y no ve más que estreyas..., y mira pa er güerto y casi no ve flores; pero apenas va viniendo la aurora, pasa ar revés; no quea ni una estreya aya arriba y aparese cuajao de flores to esto.

BERNARDO.— Sí que será digno de verse.

CONSUELO.— A mí me pasó una mañana una cosa que me tuvo preocupá to er día... Figúrese usté que ca vez que cortaba yo una flo se iba una estreya... ¿No hay pa preocuparse, don Bernardo?

BERNARDO.— Me encanta oírte, Consuelito. Sigue, sigue diciendo cosas.

CONSUELO.— Eso es; pa luego divertirse usté conmigo.

BERNARDO.— Sea para lo que sea... Escucha: ¿a lo que le temerán ustedes más qué a un dolor es a las tormentas?

CONSUELO.— ¡Ay, no me hable usté de eso!... Son una ruina pa nosotros... Yo me pongo más triste... En er mes de mayo pasao, pocos días después de irse usté de viaje, hubo aquí una espantosa. Yo no sé por qué me acordé de usté mucho... Mi madre se yevó yorando toa la tarde; Ángeles prinsipió a resá y a ensendé velas, y Charito metió la cabesa debajo de un corchón, porque se asusta de los truenos. Rosa María no estaba en casa. Sólo nos queamos viéndola el agüelo y yo, que somos más valientes. No sabe usté la pena y la angustia que a mí me daba ve a toas mis flores, que no hasen daño a nadie, acobardás con er viento que las sacudía y con el agua que caía mu incliná y mu fuerte... Paresía que les pegaban y las castigaban por argo malo que habían hecho. Los capuyitos se tronchaban enteros; las rosas grandes caían esbaratás; los claveles daban tos contra er suelo sin espegarse de las ramas; los jazmines se queaban sin una flo... ¡Jesús, no quieo acordarme!... Cuando pasó la yuvia y nos asomamos aquí fuera a ve er

daño hecho, nos daba lástima pisá... Y luego, cuando salió er so, con er goteá de toas las hojas, me acuerdo yo que me paresió a mí como que er güerto entero estaba yorando.

BERNARDO.— Algo hubiera dado yo por haberlo visto.

CONSUELO.— No diga usté eso, que usté no tiene mala idea.

BERNARDO.— Y lo que es lo otro no me quedo sin verlo.

CONSUELO.— ¿Qué es lo otro?

BERNARDO.— La faena del amanecer. *(Levantándose.)* ¿Me dejas tú que venga mañana?

CONSUELO.— Don Bernardo, usté no está en sus cabales (Se *levanta también.)*

BERNARDO.— ¿Me dejas tú?

CONSUELO.— ¿Y a usté qué farta le hase mi permiso? ¿No sabe usté que aquí pue vení cuando quiera?

BERNARDO.— Mira si lo sé, que estoy notando que no salgo del huerto en todo el día.

CONSUELO.— Ya se le pasará a usté el arrechucho.

BERNARDO.— ¿A que no se me pasa?

CONSUELO.— ¿A que sí?

BERNARDO.— Oye, Consuelito, un favor que quiero pedirte.

CONSUELO.— Diga usté, que si está en mi mano...

BERNARDO.— En tu mano está. ¿Por qué no me tuteas?

CONSUELO.— *(Soltando la risa.)* Cuando digo yo que usté está barrenao...

BERNARDO.— Pues a los locos, seguirles la corriente. Tutéame.

CONSUELO.— Pero ¿qué más tiene el usté que er tú pa el apresio? Y que a mí me iba a da mucha vergüensa...

BERNARDO.— Bueno; pues te hablo yo de usted desde ahora.

CONSUELO.— Eso sí que iba a está grasioso.

BERNARDO.— ¿Me tuteas o no me tuteas?

CONSUELO.— Se va a enfadá mi novio.

BERNARDO.— ¿Lo tienes ya?

CONSUELO.— Ya tengo hecha mi elersión.

BERNARDO.— ¡Por los clavos de Cristo, no vayas a cargar con un zopenco!

CONSUELO.— Duerma usté tranquilo, que no cargo.

BERNARDO.— Es verdad que tú eres persona de buen gusto.

CONSUELO.— ¡Digo!

BERNARDO.— Conque hasta mañana, que vendré a coger flores.

CONSUELO.— ¿De verdá?

BERNARDO.— De verdad. Y que vendré en carácter: pantalón y blusa de dril.

CONSUELO.— ¡Ay, ay, ay!

BERNARDO.— Sombrero ancho...

CONSUELO.— ¡Jesús! ¡Jesús! Va usté a paresé uno de nosotros.

BERNARDO.— Y ¿qué cosa mejor? ¡Ah! Te advierto que llamaré con una piedra. ¡Pun, pun!

CONSUELO.— No será menesté; yo estaré esperando.

BERNARDO.— Pues hasta mañana, con estrellas.

CONSUELO.— ¿Y si está nublao por casualidá?

BERNARDO.— Te miraré a la cara y será lo mismo. Adiós.

(Consuelo suelta la carcajada. Bernardo se va.)

CONSUELO.— Es mu güeno este don Bernardo... y mu simpático... La trata a una como si una fuera su iguá... Es mu güeno... Lástima que tenga un venate. A mí, to lo que me dise, no es que me haga grasia, es que me da mucha alegría... *(Yéndose huerto adentro y suspirando.)* ¡Ay!... A esta media luz de la tarde sí que está esto bonito.

(Queda la escena sola. Pausa. Juliana llega de la calle hecha una furia. Viene agitadísima y abanicándose a más y mejor. Tan pronto se sienta como se levanta, dirigiendo cuantas frases dice hacia la calle, para meter en curiosidad a los que desde allí la escuchan.)

JULIANA.— Aquí me cuelo... No quiero escándalos en la puerta... No quiero que luego digan que si fue, que si vino, que si una yeva y trae... ¡Anda! Ya estás aviá, fantesiosa. Me alegro, me alegro, me alegro, me alegro y me alegro... ¡Como me yamo Juliana, que me alegro!... En los artares había que pone a las niñas... ¡Toma artares!... No; ¡si era agua bendita de la alberca!... *(Soltando una carcajada escandalosa.)* ¡Ja, Ja, Ja!... ¡Qué risa me ha entrao!... Éste es er mundo, hija; éste es er mundo... *(Suspirando, con las de Caín.)* ¡Ay! ¡To cae ensima, to cae ensima!... *(Sale de pronto María Jesús y se encara con ella.)*

MARÍA JESÜS.— Pero oiga usté, comadre: ¿con permiso de quién entra usté en mi güerto? ¿Cuántas veses va a habé que echarla a usté pa que no güerva más? ¿Quie usté desírmelo? ¿Quie usté también desirme qué baba es ésa que está usté sortando? ¿Quie usté reventá de una ve, comadre e mis curpas?

JULIANA.— Sí, hija, sí. ¡Pos no que no! ¡Si vengo a tiro hecho!... ¡vaya!... ¿Conque las niñas en los artares?...

MARÍA JESÚS.— ¡Oiga usté!...

JULIANA—¿Conque con la frente pa er sielo?... ¡Ja, ja, ja!...

MARÍA JESÚS.— Miste, comadre: vayase usté de aquí...

JULIANA.— Me iré, me iré..., cuando desembuche.

MARÍA JESÚS.— Pos desembuche usté pronto (pa no verla más) y suerte usté to er veneno que traiga; pero mírese usté mucho antes de desí tanto así de mis hijas. Mis hijas son sagrás pa usté y pa to er mundo.

JULIANA.— ¡Ja, ja, ja! Me da usté lástima... ¡Ahora soy yo la que está ensima!...

MARÍA JESÚS.— ¿Acaba usté?

JULIANA.— Comadre de mi corazón y de mis entrañas: ¿sabe usté por casualidá en dónde está a estas horas Rosa María?

MARÍA JESÚS.— Pos dando un paseo con Charito.

JULIANA.— ¿Con Charito?

MARÍA JESÚS.— Y con su novio. ¿Qué tiene usté que desí de eso?

JULIANA.— De eso, na; pero se conose que ha habió una buya y han perdió de vista a Charito...

MARÍA JESÚS.— ¿A Charito?

JULIANA.— Sí; porque yo me los he encontrao mu juntos a los dos..., solitos con sus pensamientos..., y por una caye... ¡Ay, qué calle!...

MARÍA JESÚS.— ¡Mentira!

JULIANA.— *(Con fruición.)* ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo los he visto! ¡Yo! ¡Con estos ojos! ¡Con estos ojos! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

MARÍA JESÚS.— ¡Mardita sea tu arma! ¡Vete ya e mi güerto, si no quieres que te ajogue ahora mismo! ¡Quítate de mi vista, pronto, mala mujé, mala fiera! ¡Qué más quisieas tú sino que fuera verdá lo que estás inventando!

JULIANA.— ¡Inventando..., sí!... ¡Ya estamos iguales, ya estamos iguales!...

MARÍA JESÚS.— ¡Iguales! ¡Ésa es tu pesaíya, condená! ¡Ésa es tu pesaíya!... Pero ¿sabes lo que te digo? ¡Que los peores pensamientos e mis hijas los quisiean las tuyas pa di con eyos a la iglesia! ¡Vete ya, bicho malo! ¡Fuera de aquí, que manchas! ¡Vete, que me paese que veo ar demonio cuando te veo! ¡A la caye, al arroyo, ande debes está, mardesía!...

(Al escancíalo acuden: María Ángeles, de la calle; el abuelo y Barrena, de la casa, y Consuelo, del interior del huerto.)

ÁNGELES.— ¡Madre! ¿Qué es esto?

CONSUELO.— ¿Qué susede? ¡Juliana! ¡Madre!

MARÍA JESÚS.— ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

ABUELO.— ¿Qué pasa, hija?

BARRENA.— ¡Adiós! ¡Nos caímos!

CONSUELO.— Madre, déjela usté, que bastante tiene...

JULIANA.— ¡Bastante tengo, sí; bastante tengo!... ¡Ja, ja, ja!... Toas, tenemos lo mismo, hija. *(A Barrena, dándole pellizcos y empellones.)* ¡Arsa, tú pa casa, cobardón! Estás viendo que me insurtan y no me defiendes... ¡Asín te parta un rayo!...

BARRENA.— Agüelo, ¡una camelia!

JULIANA.-— ¡Arsa pa alante!

BARRENA.— Ya voy, mujé, ya voy... No arrempujes...

JULIANA.— ¡Quearse con Dios, familia e santas!... ¡Ja, ja, ja! (*Vase babeando y riéndose con Barrena a quien no deja de empujar.)*

MARÍA JESÚS.— ¡Víbora!

CONSUELO.— Pero ¿qué fue, madre?

ÁNGELES.— Madre, ¿qué ha susedío?

MARÍA JESÚS.— *(Sin atenderlas, y mirando hacia la puerta del huerto, desahoga su ira contra Juliana.)* ¡Más que víbora!... Te escuece la honra ajena, ¿verdá?

ABUELO.— Mujé, ¿quies contarnos?...

MARÍA JESÚS.— ¡Si no te dejo ni limpiá con la lengua er suelo que eya pisa!

ABUELO.— Pero ¿te ha fartao?

MARÍA JESÚS.— ¡Iguales! ¡Iguales!... ¡Eso quisieas tú, saco e veneno!...

CONSUELO.— Madre, tranquilísese usté.

ÁNGELES.— ¡Por la Virgen, madre!

MARIA JESÜS.— ¡Si el infierno lo han inventao pa tirarte a ti de cabesa!...

ABUELO.— María Jesús, ¡por Dios!...

MARÍA JESÜS.— ¡Malos lobos te coman! ¡Te farte la salú mientras vivas! ¡En sagrao no te entierren, por mala! *(Volviéndose a los suyos y llorando.)* ¿Habéis visto lo que dise esa infame mujé?

CONSUELO.— ¿Qué dise?

MARÍA JESÜS.— ¡La mayó viyanía, hijas e mi sangre!

ÁNGELES.— ¿Cuá? *(Llega en este momento Charito demudada y trémula. Su presencia es una terrible revelación para María Jesús, la cual da un grito de dolor y de espanto al verla sola.)*

ABUELO.— ¡Charito!

MARÍA JESÜS.— ¡Charito! ¿Y tu hermana? ¿Y tu hermana, Charito?

CHARITO.— Madre, me he perdió de eya...

MARÍA JESÜS.— *(Con angustia y profundo dolor.)* ¡Ay!... ¡Ay!...

CHARITO.— No he podio encontrarla...

MARÍA JESÜS.— *(Con arranque enérgico, yendo hacia la puerta.)* ¡Yo la encontraré!... ¡Rosa María! ¡Rosa María!

ABUELO.— *(Conteniéndola.)* ¿Ande vas, loca?

CONSUELO.— *(Lo mismo.)* Madre, no es pa tanto...

MARÍA JESÚS.— ¿Que no es pa tanto? ¿Qué saben ustedes? ¡Dejarme que la busque! ¡Dejarme, digo!... ¡Rosa María! ¡Rosa María! *(Logra desasirse y se precipita hacia la calle, llamando a su hija. Cae precipitadamente el telón.)*

Fin del acto segundo

Acto tercero

La acción se desarrolla en el mismo lugar que los actos primero y segundo. Aunque desde entonces acá ha transcurrido más de un año, sólo se observan en el huerto variaciones leves.

Es una noche de verano, clara y serena.

(El abuelo está sentado cerca de la puerta del huerto. Bernardo llega de la calle.)

BERNARDO.— Abuelo, buenas noches.

ABUELO.— Dios te guarde, muchacho. ¿De ande vienes?

BERNARDO.— De dar una vuelta por ahí, buscando aire fresco.

ABUELO.— ¿Y lo has encontrao?

BERNARDO.— Ni en la misma orilla del río. Como aquí no lo haya...

ABUELO.— Siéntate.

BERNARDO.— ¿Y Consuelo?

ABUELO.— Contándole cuentos a la gente menúa.

BERNARDO.— ¿Está la otra con ella?

ABUELO.— Sí.

BERNARDO.— ¿Más tranquila ya?

ABUELO.— Argo, pero no mucho.

BERNARDO.— *(Saca un cigarrillo, le da al abuelo otro y ambos fuman. María Jesús pasa, en silencio, de la puerta de su casa, que está frente al público, a la calle.)* ¡Pobre María Jesús! Es otra mujer. Mentira parece que en un año...

ABUELO.— En poco más de un año; cabá... Catorse meses hiso antié que levantó er güelo la paloma.

BERNARDO.— Y menos mal que ha vuelto al nido.

ABUELO.— Porque tú la trajiste...

BERNARDO.— No lo crea usted. Ella estaba dispuesta a venir. Si algo la detenía era el peso de la culpa, los remordimientos... Cuando yo la encontré la otra noche en la calle, la vi llena de vergüenza, temerosa..., asustada... Quería entrar en el huerto y no se atrevía. Al llamarla yo por su nombre, y conocer mi voz, se quedó blanca, yerta... ¡Pobre criatura!

ABUELO.— Pagando está de sobra su mala partía, no te pienses. Er día y la noche se los pasa yorando como una Mardalena: tiene las mijiyas escardas... Las mirás

más inosentes de nosotros le hasen bajá la vista pa er suelo; los consuelos de sus hermanas le punsan como espinas a la pobre; una carisia que le haga su madre la deja helá, sin vía, sin respiro...

BERNARDO.— Es claro; en estos primeros momentos... Pero deje usted que el tiempo ande, que ella se convenza de que aquí no se le guarda rencor, de que hasta su madre la perdona, y entonces... Como yo creo que está sinceramente arrepentida... *(El abuelo hace un gesto.)* ¿Usted no lo cree?

ABUELO.— Que esté arrepentía sí lo creo; pero eso vale poco, mientras viva ese piyo que la engañó. Ahí está er peligro.

BERNARDO.— Pues a mí me ha jurado que antes se sacará los ojos que volver a mirar a ese hombre.

ABUELO.— Eso es como si un girasó te jurara no mira más que pa la tierra. Si está en su naturá seguí ar so por donde quiea que vaya, ¿qué vale er juramento?

BERNARDO.— Sin embargo...

ABUELO.— No seas inosente, chiquiyo. Mira: tú has visto acá, día por día, durante un año entero, er doló continuo de esa madre; tú la has visto yorá y más yorá yamando a su hija con una voz de pena honda que hasta a las flores les daban repelucos... Tú lo has visto to y to lo sabes, porque con tu labia y con tu sentío eres el único que ha podido consolarla argunas veses. Pos güeno: Rosa María ha güerto y ha comprendío los sufrimientos e su madre; Rosa María la ha visto envejesía y esplomándose por curpa de eya; a Rosa María la han perdonao tos en esta casa, hasta «Lusero», er perro, que la recibió con sartos de alegría y le lamió las manos... y, sin embargo, yo te apuesto a ti lo que quieras a que esa golondrina da muy pronto otro «voletío».

BERNARDO.— Más sabe usted que yo; pero estaba por apostarle lo contrario. ¿No es ella la primera que, al encontrarse sola, rodando por ahí, ha visto como único refugio su huerto? Este ambiente de paz y de sosiego, esta atmósfera de honradez, ¿cree usted, abuelo, que no han de poder nada sobre su corazón?

ABUELO.— Sobre su corasón... y sobre su consiensia, que es lo malo. Créeme tú a mí, chiquiyo: lo que hay que pedirle a la Virgen es que er charrán que la perdió no se le presente.

BERNARDO.— ¿Sabe usted si anda por Sevilla?

ABUELO.— Por Seviya anda; la otra tarde lo vi en er Duque.

BERNARDO.— En ese caso... Hombre, y ¿si lo quitáramos de en medio de alguna manera?

ABUELO.— *(Viendo a Charito, que sale por la izquierda del huerto.)* Cáyate, que viene Charito.

BERNARDO.— Charito, buenas noches.

CHARITO.— *(Con tristeza.)* Güenas noches, Bernardo.

BERNARDO.— ¿Qué te pasa, que traes esa carilla tan mustia?

CHARITO.— Que vengo de enterrá er jirguero.

BERNARDO.— ¿Cuál? ¿«Periquito»?

CHARITO.— Er pobre «Periquito». Se me ha muerto esta tarde.

BERNARDO.— ¡Vaya por Dios! Y ¿de qué se te ha muerto?

CHARITO.— De está en la jaula, digo yo que habrá sío. Como era tan rabioso...

ABUELO.— Pos en dos días yevas tres entierros, mujé. *(A Bernardo.)* Er canario de la raya ar lao también espichó.

BERNARDO.— ¿También?

CHARITO.— Güeno; pero ése fue de anginas.

(Llegan de la calle Ángeles y Juan Antonio; ella, rozagante y alegre; él, mustio y abatido. Cada uno trae en brazos a una criaturita de pecho, exactamente iguales las dos. Huelgan en absoluto los comentarios.)

JUAN ANTONIO.— Santas y buenas, tardes... Abuelo... Bernardo... Charito...

BERNARDO.— Buenas noches.

ABUELO.— *(Levantándose.)* ¿Ustedes por aquí a estas horas?

CHARITO.— ¿Habéis visto a madre?

ÁNGELES.— Ahí en la puerta la hemos visto, sí.

CHARITO.— Sentarse un poco.

ÁNGELES.— Nos vamos a di de seguía, sino que pasábamos por aquí y no quisimos pasá de largo.

ABUELO.— *(A Juan Antonio, cogiéndole el chiquillo y besándolo.)* Dame tú acá este moso güeno.

CHARITO.— *(A Ángeles, lo mismo.)* Dame tú a mí este rey der mundo.

ÁNGELES.— Cuidao con é.

BERNARDO.— ¿Qué hay, Juan Antonio? ¿Cómo va esa salud?

JUAN ANTONIO.— Medianamente. Diga mi mujer lo que quiera, no estoy bueno. Se me va la cabeza..., tengo el estómago perdido..., las piernas me bailan..., pero así, que me bailan...

BERNARDO.— ¿Qué haces tú que no lo cuidas, mujer? Porque él te tiene a ti de buen año. Mira qué colores; da gusto verte.

JUAN ANTONIO.— Es que ésta por poquito yerra la vocación: le ha sentado el matrimonio bastante mejor que le hubieran sentado las tocas.

ÁNGELES.— *(En tono de cariñosa reconvención.)* ¡Juan Antonio!...

BERNARDO.— *(Riéndose y pasándole una mano por la espalda con familiaridad.)* ¡Ja, ja, ja! ¡No le gusta que le diga usted eso!

JUAN ANTONIO.— *(Dando un respingo.)* ¡Por los clavos de Cristo, no me pase usted la mano por la espalda!... Y que ya ha empezado otra vez con los antojitos... ¿Se entera usted, abuelo?

ABUELO.— ¡Muchacha!

ÁNGELES.— No le haga usté caso a este charlatán.

JUAN ANTONIO.— A mí se me han puesto los pelos de punta. Sí; porque si da en la flor de traérmelos por «colleras», como los palomos..., ¡apaga y vamonos! *(Todos se ríen de la ocurrencia.)*

ÁNGELES.— *(Ruborosa.)* Verás tú cuando yeguemos a casa, sinvergonsón. *(A Chanto.)* Oye, ¿y Rosa María?

CHARITO.— Más sosegá está la pobresiya. ¿Verdá, agüelo? Así, así anda...

JUAN ANTONIO.— ¡Lástima de criatura! No se me cae de la imaginación un momento.

BERNARDO.— ¿La llamo aquí, Ángeles?

ÁNGELES.— No; déjela usté. Yo vendré mañana de día más despasio. Tengo que echá con eya un párrafo mu serio.

JUAN ANTONIO.— Mira, mira: no vayas tú a tomar ese tono de abadesa que empleas conmigo... Bastante tiene la pobrecita con lo que tiene.

ÁNGELES.— ¡Tú qué sabes! Si eya es capá de recogimiento y güena condurta, er Señó le perdonará su mala arsión. Dios es mu güeno, pero una debe poné de su parte to lo que puea.

JUAN ANTONIO.— Amén. *(Se ríen todos de nuevo.)*

ÁNGELES.— Vaya, esta noche te ha dao la ventolera por abochornarme. Vámonos ya pa casa. Trae acá mi niño, Charito. *(Besándolo con efusión.)* ¡Santito e mi sangre!

JUAN ANTONIO.— Abuelo, déme, usted a mí el mío. ¡Curita de mi corazón!

ÁNGELES.— Escucha, Charito: ¿cuándo vas a di por ayí?

CHARITO.— A ve si voy mañana.

ÁNGELES.— Ya verás cómo he puesto la capiya.

JUAN ANTONIO.— Está preciosa.

ÁNGELES.— ¡Y qué manto er que ha regalao doña Carmen!... Por supuesto, lo que yo he tenío que trajiná ayí, Dios me lo tome en cuenta. Los candelabros e plata de tos los artares hasía más de un año que no veían la tisa; los doraos tos estaban cuajaítos de manchas e sera; a toas las imágenes las he tenío que lava con claras e güevo... En fin, aqueyo ha sío no sosegá. Pos en la sacristía, tres cuartos e lo propio. Lo menos cuatro manos e ca he tenío que darles a las paredes. Había ayí unas pinturas medio borrás der tiempo, y no he parao hasta dejarlo to blanquito, blanquito, blanquito.

BERNARDO.— ¡Ave María Purísima! ¡Buena la has hecho!

ÁNGELES.— ¿Que si la he hecho? ¡Superió! Vaya usté por ayí y se queará con la boca abierta. Y vámonos nosotros.

JUAN ANTONIO.— *(Estremeciéndose.)* ¡Cuidadito con tocarme en la espalda!

BERNARDO.— No tenga usted cuidado, hombre.

(Se van el abuelo, Ángeles y Juan Antonio.)

CHARITO.— Esta hermana mía, metía entre santos y entre curas, no se cambia por nadie.

BERNARDO.—Y al otro ya no le bailan las eses. Ahora son las piernas las que le bailan.

CHARITO.— Vente tú conmigo pa aya arriba, que tenemos que habla los dos.

BERNARDO.— ¿Sí? ¿Cosa grave?

CHARITO.— No deja de tené gravedá, no te creas.

BERNARDO.— Pues di.

CHARITO.— Aguárdate a que nos sentemos junto a la alberca que es un sitio mu propio. *(Se va con Bernardo por el fondo del huerto. Queda la escena sola. Pasa María Jesús de la calle a la izquierda del huerto, sin decir palabra. Salen Consuelo y Rosa María por la puerta de la casa que da frente al público.)*

CONSUELO.— Anda, sarte aquí, que ahí dentro ahoga la caló.

ROSA MARÍA.— Me da lo mismo; estoy que ni siento ni paezco.

CONSUELO.— Pos eso no vale. Es menesté que te sosiegues, que te animes. Güerve a sé la que eras.

ROSA MARÍA.— ¡La que era!...

CONSUELO.— Siéntate.

ROSA MARÍA.— *(Obedeciéndola maquinalmente.)* No te vayas tú.

CONSUELO.— Tengo que acostá a aqueyos demonios.

ROSA MARÍA.— Déjalos un ratiyo más y quéate aquí conmigo. *(Consuelo se sienta a su lado.)* No sé por qué me hayo a tu vera más a gusto que ar lao de nadie. Junto al agüelo, junto a Charito, junto a madre, estoy acorralá, temiendo argo que no sé lo que es... Junto a ti estoy tranquila.

CONSUELO.— Pos ya tú ves que acá tos semos lo mismo y tos te queremos iguá, Rosa María.

ROSA MARÍA.— ¡Qué sé yo! Me mira madre de una manera... Yo no sé cuándo me hase más daño: si cuando se aserca a mí y me da un beso o cuando la veo pasá por el güerto cayá como una sombra.

CONSUELO.— Pa la pobre ha sío un gorpe mortá; eso tú lo sabes... Pa tos nosotros ha sido una pena como ninguna; yo no te sé engañá... Pero eya y tos te hemos perdonao, y ahora lo que queremos es que sea verdá que estás arrepentía.

ROSA MARÍA.— ¡Qué güena eres! ¡Si vieras cuánto me he acordao de ti!... Ca vez que ese mal hombre hasía conmigo una felonía, no sé por qué eras tú la única de acá que se me representaba en er pensamiento. Un día yegó a pegarme; me amenasó con abandonarme pa siempre; huyó de la casa; me dejó sola... Y yo yoré y yoré, y mientras yoraba se me vino a la idea er despego con que tú lo resibiste la primera ve que entró en er güerto, y me acordé también de aqueya tarde e toros en que me dijiste al oído: «Rosa María, cuidao con ese hombre». Paese que te estoy oyendo toavía: fueron tus palabras... Pero yo estaba siega, siega, no vía na.

ABUELO.— Los acompaño a ustés hasta la esquina,

CHARÍTO.— Mañana iré yo a verte, ¿eh? *(Besa a su hermana y a los chiquillos.)*

ANGELES.— Pos yévate unas flores pa ayá; no se te orvíe.

CHARÍTO.— Descuida.

JUAN ANTONIO.— Con Dios, Bernardo.

BERNARDO.— Vayan ustedes con Dios.

CONSUELO.— Si no fuera por eso, no tendrías perdón de Dios ni de nosotros.

ROSA MARÍA.— Créeme que estaba siega... La tarde e mi desgrasia fue lo mismo: hasta er pensamiento se me segó. Perdí er sentío y la memoria: ni me acordaba de ti, ni de madre, ni de ninguno... No vía más que a Gabrié; pa mí no había familia, ni mundo, ni na: Gabrié por dentro e mí; Gabrié por fuera; mi arma de Gabrié, de Gabrié mi cuerpo... Ni loca he sabío lo que es no tené volunta hasta aqueya tarde. Tú, como no has querío a ningún hombre, no pues comprendé esto.

CONSUELO.— Sí lo comprendo, sí; ¿no ves tú que yo estoy acostumbrá a quererlo to de esa manera? ¿En dónde hay na como fartarle a una misma tiempo pa quererse, por tené repartió er corasón ar reó suya?

ROSA MARÍA.— Lo malo es cuando se echa er cariño en tierra farsa, como a mí me ha pasao. ¡Mía que darle yo a ese lobo ladrón toa mi persona y tené való de abandonarme!... ¡Quién me lo había e desí!... De aquí de Seviya nos fuimos a Málaga y ayí vivimos una temporá tranquilos y contentos... Lo único que a mí me punsaba como una saeta de cuando en cuando era la idea de acá... «¿Qué pensaría mi madre? ¿Cómo estaría?» Esto, cuando yo me queaba sola. En cuanto lo tenía delante se me borraba to: ni madre; ni güerto, ni flores, ni hermanas... Gabrié, su mirá, sus carisias, sus dichos grasiosos... ¡Mardito sea sien veses er nombre que yeva!

CONSUELO.— Vamos, mujé, no te atormentes más recordando cosas que ya no tienen remedio... Pasó, Dios sabrá por qué, y na vas a conseguí con repetírtelo.

ROSA MARÍA.— No me quites este consuelo, que en él está mi vía. Pensá en eyo, pensá, darle güertas en la cabesa, recordarlo siempre... Er viaje a Málaga; er sarto a Madrí; los primeros dijustos; la vez que me pegó —¡paese que es ahora, según me duele!—; su abandono infame; mi vía de luego... ¡Qué vergüensa, Dios mío; qué vergüensa! Vete, Consuelo, vete; déjame, que mi rose mancha, y yo no quieo mancharte a ti... Tú eres pa mí como aqué rosá de virgen que yo cuidaba antes e mi caía.

CONSUELO.— ¿Te vas a gorvé loca, mujé? ¡Er rosá de virgen!... Güerve a cuidarlo, rósate con é, que a é no se le ha de pegá na malo tuyo, y lo que a ti se te pegue de é tiene que sé güeno. *(Levantándose.)* Y basta e yantina, que vas a ponerte mala y te vas a morí, y no vas a tené tiempo pa gosá de haberte arrepentío.

ROSA MARÍA.— Mejó, si me muriera. Se acabó pa siempre la yerba mala; un año e luto... y er güerto como antes.

CONSUELO.— Mira, a ve si te cayas. Éntrate por ahí, que esa vista y esos olores te harán mucho bien... Anda, vete. *(Rosa María se levanta.)* Yo vendré a buscarte otra vez, en cuanto acueste a los chiquetiyos, que estarán las pobres criaturitas cayéndose de sueño. No lo pienses más. Anda...

ROSA MARÍA.— Lo que tú quieras.

CONSUELO.— Dame un beso. Y te arvierto que esta conversasión se ha acabao. ¿Lo oyes?

ROSA MARÍA.— Sí.

CONSUELO.— Se ha acabao. *(Éntrase en la casa.)*

ROSA MARÍA.— *(Después de llorar un rato en silencio.)* No pue sé; no pue sé... No pueo viví a la vera e mi gente. Seis días que yevo aquí me han paresío seis siglos... Este cariño con que me pagan er ma que he hecho, viene como a agranda mi curpa... No pue sé..., no pue sé... ¡Me voy der Güerto e las Campaniyas pa siempre! Hasta los mismos árboles pienso que me señalan..., y cuando er viento los sacude, se me figura

que hablan de mi caía... ¡Me voy, me voy! Mi puesto ya no está aquí; aquí estorbo, aquí daño, aquí soy una planta mardita... Roaré, si es que roá es mi suerte...

(Llora. Gabriel, que viene de la calle, se acerca cauteloso a Rosa María y le habla con voz sorda, Rosa María, vencidos el espanto, la sorpresa y el arranque de odio que le produce la llegada de Gabriel, no escucha al fin sino la voz de su pasión primera, que surge viva al contemplarlo.)

GABRIEL.— Negra, ¿por qué yoras?

ROSA MARÍA.— ¡Gabrié!

GABRIEL.— ¡Negra mía!

ROSA MARÍA.— ¡Vete! ¿No te habías muerto? ¿No te habían matao, asesino, ladrón? ¡Vete!

GABRIEL.— ¡Contigo!

ROSA MARÍA.— ¡Conmigo! ¿Tienes való de hablarme?

GABRIEL.— Porque no tengo való pa morirme solo.

ROSA MARÍA.— Yegas tarde pa que te crea; me has engañao mucho, gitano. ¡Vete, vete! ¡Tú eres mi perdisión!

GABRIEL.— Cuando tú me mires como antes.

ROSA MARÍA.— ¡Entonses, nunca!

GABRIEL.— ¿Nunca? ¿Vas a sé tan crué?

ROSA MARÍA.— Esa palabra en tus labios es un insurto.

GABRIEL.— Pon tú la que quieras.

ROSA MARÍA.— ¡Traisionero! ¿Te gusta?

GABRIEL.— Me gusta porque viene de ti, porque sale de esa boca ensendía.

ROSA MARÍA.— ¡Mentiroso, farso! ¡Quítate de mi vista! ¡Déjame!

GABRIEL.— Y ¿quién te va a mira como yo te miro?

ROSA MARÍA.— Pa engañarme, na más que tú.

GABRIEL.— ¿Siempre ha de sé lo mismo? Prueba a verlo.

ROSA MARÍA.— Probé cuando hiso farta.

GABRIEL.— ¿Es que no sabes perdona? Porque yo he aprendió a arrepentirme. *(Cogiéndole una mano.)* Ven acá, gitana...

ROSA MARÍA.— ¡Suértame!

GABRIEL.— No te empeñes: si ar fin ha de sé..., ¡si hemos nasío pa achicharrarnos los dos juntos!

ROSA MARÍA.— ¡Suértame!

GABRIEL.— ¿Te lastima mi mano?

ROSA MARÍA.— Me lastimas tú. ¡Suértame, te digo!

GABRIEL.— *(Obedeciéndola.)* Suértame tú a mí el arma, que me la tienes presa.

ROSA MARÍA.— ¿Hasta ahora no lo ha estao?

GABRIEL.— ¡Hasta ahora no lo he visto! Negra de mi vía, mora de mi arma, ¡mírame como antes!

ROSA MARÍA.— *(Resistiéndose sin resistirse.)* ¡No quiero..., no quiero!

GABRIEL.— ¡Mírame!

ROSA MARÍA.— ¿Pa qué? ¿Pa que dentro e un año vengas a desirme lo mismo?

GABRIEL.— No; ahora, no. He nesesitao separarme e ti pa ve lo que te quiero.

ROSA MARÍA.— Yo también he nesesitao que te separes pa convenserme de que es mu poco.

GABRIEL.— Es más de lo que piensas; por eso vengo.

ROSA MARÍA.— *(Con dolor y esperanza, espontáneamente.)* ¡Ay, si fuera verdá!...

GABRIEL.— Lo es; no lo dudes.

ROSA MARÍA.— ¿Cómo no vi a dudarlo?

GABRIEL.— Yo te juro que es tan verdá como tu cariño.

ROSA MARÍA.— ¿Qué sabes tú de eso?

GABRIEL.— Porque lo sé lo juro; tu cariño es lo más sierto que conozco. ¿Te atreves tú a jurarme que no me quieres? Responde, morena. *(Viéndola convencida.)* Pero no. ¿Pa qué? No respondas.

ROSA MARÍA.— *(Rindiéndose al cabo.)* ¡Gabrié!...

GABRIEL.— Rosa María... ¡Arma de mi arma!... ¿Lo estás viendo?

ROSA MARÍA.— ¿Pa qué has venío?

GABRIEL.— Pa yevarte conmigo otra vez y no dejarte nunca.

ROSA MARÍA.— ¿Nunca, Gabrié?

GABRIEL.— ¡Nunca!

ROSA MARÍA.— Si es pa eso, ahora es cuando quiero que lo jures en cruz por mi cariño.

GABRIEL.— ¡Jurao está!

ROSA MARÍA.— ¡Gabrié mío! ¡No me engañes, por Dios!

GABRIEL.— ¡Por Dios, que no te engaño!

ROSA MARÍA.— ¡Si vas a dejarme otra ve, mátame primero!

GABRIEL.— ¡Como mis besos no te maten!...

ROSA MARÍA.— ¡Tus besos!... ¡Pensé que nunca má gorverían!

GABRIEL.— Vámonos.

ROSA MARÍA.—Vete tú.

GABRIEL.— Sin ti, no.

ROSA MARÍA.— Aguárdame serca; no sargamos juntos de aquí.

GABRIEL.— Pero ¿vendrás?

ROSA MARÍA.— Detrás e ti, siempre. ¡Si es mi sino!

GABRIEL.— ¿Y tu gusto?

ROSA MARÍA.— ¡También!

GABRIEL.— En la puerta e la iglesia estoy.

ROSA MARÍA.— Ayá

iré yo.

GABRIEL.— ¿Pronto?

ROSA MARÍA.— ¿Me esperas tú y me lo preguntas, ingrato?

GABRIEL.— No tardes, paloma.

ROSA MARÍA.— Descuida, gavilán. *(Vase Gabriel rápidamente.)* ¡Con é..., con é!... ¡A sufrí, a pená, a lo que sea..., pero a la vera suya, a la vera suya! ¡Madre, perdóname! ¡Güerto e las Campaniyas, adiós pa siempre!... Mi mantón, mi mantón, y fuera de aquí. *(Éntrase corriendo en la casa. Aparece María Jesús por la izquierda del fondo y viene hacia ella. Cuando va a entrar por la puerta de frente al público, sale Rosa María presurosa, acomodándose un mantoncillo negro sobre los hombros. La presencia de su madre la desconcierta y la detiene.)*

MARÍA JESÚS.— ¿Ande vas, hija?

ROSA MARÍA.— (¡Jesús!)

MARÍA JESÚS,— ¿Ande vas ahora?

ROSA MARÍA.— A la caye.

MARÍA JESÚS.— ¿A la caye? ¿A qué?

ROSA MARÍA.— A busca una cosa pa Consuelo. ¿Va usté a acostarse ya?

MARÍA JESÚS.— Sí. Estoy rendía; no pueo con mi cuerpo.

ROSA MARÍA.— Pos hasta mañana.

MARÍA JESÚS.— Si Dios quiere. (Se *besan con calor intenso de pena y de cariño. Rosa María se va; María Jesús se queda parada viéndola irse.)* ¡Qué pena de hija, Dios mío!... Rosa caía y manchá de barro, ya nadie pue quererla pa su casa. ¡Qué pena de hija!... ¡Adentro, María Jesús, a yorá por eya!...

(Éntrase en la casa. Queda la escena sola unos instantes. Salen por la derecha del fondo Bernardo y Charito y vienen hacia la casa, ante cuya puerta principal se detienen.)

BERNARDO.— Ten mucho cuidado, Charito, que estas cosas que empiezan por un capricho son luego las más graves.

CHARITO.— No me dará tan fuerte; descuida.

BERNARDO.— Por si acaso, bueno es que recuerdes aquella copla que me enseñaste el otro día.

CHARITO.-— Te he enseñao tantas...

BERNARDO.—

De cera son las puertas
de los amores;
cuenta que a la salida
ya son de bronce.
Y que a la entrada
suelen estar abiertas;
después, cerradas.

CHARITO.— No se me orvidará la lersión. *(Va a irse y Bernardo la detiene.)*

BERNARDO.— Oye otra cosa.

CHARITO.— Déjame ya, que son las onse y me estará esperando. ¿Qué te párese? ¿Le doy calabasas o no?

BERNARDO.— Eso, tú allá; no quiero responsabilidades...

CHARITO.— Güeno; lo pensaré de aquí a la ventana.

BERNARDO.— Anda con Dios. Y a ver si creces ahora que tienes novio.

CHARITO.— No, que le gusto así. Mía lo que me cantó la otra noche en una fiesta:

¡Várgame Dios, qué dicha,
si yo la logro:
una mujé que apenas
me yega al hombro!

(Bernardo suelta la risa, y ella se mete en la casa corriendo.)

BERNARDO.— También ésta se va; ya está en camino... Se van todas..., cada una a su lugar, a su sitio..., como éstas de aquí, las que da la tierra; pero todas a alegrar la vida... *(Pausa. Se sienta.)* ¡Qué hermosa noche, llena de misterio y de paz!... Calma profunda, hermana de la que voy sintiendo en mi espíritu; por eso la comprendo tan bien... Todo reposa..., todo duerme... El temblor de las estrellas es el único movimiento visible... *(En voz baja.)* Da miedo alzar la voz. De cuando en cuando se levanta un airecillo tan leve, que ni siquiera sacude una hoja, pero que trae a mis sentidos olores frescos de jazmines y nardos. Seguramente que Consuelito, en su pintoresco lenguaje, dirá de esos soplos que son suspiros de la tierra. Y puede que tenga razón, porque esa mujer habla siempre con la razón del sentimiento, que al fin y al cabo vale más que la otra. ¡Bendita sea mi madre, que frecuentaba este huerto en vida, que me dejó esta herencia de cariño! Acaso sabía el bien que había de hacerme. Los aromas de este huerto se han metido en mi corazón poco a poco... y me han dado la vida.

(Pausa. Óyese dentro de la vivienda, no muy lejos, la voz de Consuelo, que canta dulcemente la nana. Bernardo la escucha con deleite.)

CONSUELO.—

Esta niña chiquita
no tiene madre;
la parió una gitana,
la echó a la caye.
La echó a la caye;
esta niña chiquita
no tiene madre.

BERNARDO.— Es ella, durmiendo a Luisilla. ¡Qué encanto de muchacha! Tiene llena toda su alma del sentimiento del hogar... *(Nueva pausa.)* Vuelve otra vez a suspirar la tierra..., y ahora más fuerte. ¡Qué hermosura de brisa!...

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido,
que del oro y del cetro pone olvido.

(Sale Consuelo.)

BERNARDO.— Consuelito, ¿quieres dormirme a mí?

CONSUELO.— ¡Bernardo!... Pero ¿estás ahí toavía?

BERNARDO.— Y no me voy.

CONSUELO.— ¿Qué hases tan solo?

BERNARDO.— Esperar a que tú me acompañes.

CONSUELO.— Pos ahora no pueo. Voy a busca a mi hermana.

BERNARDO.— ¿A Rosa María? Déjala estar sola, mujer; lo mejor es eso. A ella le conviene la soledad, y a mí que tú te quedes. Siéntate.

CONSUELO.— Vaya que sea.

BERNARDO.— Pero aquí, a mi lado.

CONSUELO.— Ya eso es mucho ersigí. Pides más que un loro.

BERNARDO.— ¿Me das esa flor?

CONSUELO.— ¿NO digo? ¿Pa qué la quieres?

BERNARDO.— Para tenerla.

CONSUELO.— Si no es más que pa eso, tómala. Yo la había reservao pa mi novio; pero, en fin...

BERNARDO.— ¿Te ha salido ya novio?

CONSUELO.— Ni me sale. No tengo yo grasia.

BERNARDO.— ¿Qué flor es ésta, tú?

CONSUELO.— Una diamela.

BERNARDO.— ¿Una diamela?

CONSUELO.— ¿Estrañas er coló? Es que se ha criao junto a un clavé granate, se ha enamorao de é y por eso ha tomao ese tinte.

BERNARDO.— ¿También las flores se enamoran, o son cosas tuyas?

CONSUELO.— Formá te lo digo. Sólo que yo no quiero amores más que de personas, y me yevé er clavé al otro lao der güerto.

BERNARDO.— Eso es envidia porque a ti no te ha salido novio.

CONSUELO.— Mejó. Hablemos de otro asunto. ¿En qué estabas pensando cuando yo salí?

BERNARDO.— En tu persona.

CONSUELO.— ¡En mi persona tú!...

BERNARDO.— En ti pensaba, Consuelito. ¿Acaso tú no piensas nunca en mí si no estoy presente?

CONSUELO.— Ar contrario: más pienso en ti cuando no te veo. Porque cuando te veo, como te tengo elante, no tengo que pensá.

BERNARDO.— Y cuando no me ves, ¿qué piensas?

CONSUELO.— ¿Cómo vi yo a acordarme? De seguro que no es na malo.

BERNARDO.— ¿Tan bien me quieres?

CONSUELO.— Más malamente quiero a otras personas, mira tú. ¿Te pasa a ti lo mismo?

BERNARDO.—A mí lo que me pasa es que te quiero a ti como a ninguna.

CONSUELO.— ¿De verdá, Bernardo?

BERNARDO.— De verdad, Consuelo.

CONSUELO.— ¿Tantos méritos tengo yo?

BERNARDO.— Para mí, muchos. *(Pausa.)* Y ahora, ¿en qué piensas?

CONSUELO.— En lo que acabas de desirme.

BERNARDO.— ¿Te sorprende, quizá?

CONSUELO.— Me ha sobrecogido, no te lo niego. Y eso que hay tantas maneras de queré...

BERNARDO.— De querer un hombre a una mujer no hay más que una sola.

CONSUELO.— Míralo bien, que hay muchas.

BERNARDO.— Según.

CONSUELO.— Pos según digo ya.

BERNARDO.— Si el cariño es de amor, no debe haber más que una sola. Y ahora, ¿me entiendes?

CONSUELO.— No me atrevo a entenderte, Bernardo...

BERNARDO.—Yo haré que te atrevas, Consuelo... Yo he venido a tu huerto día por día, hora por hora a veces, atraído no sólo por el recuerdo de mi madre y por el encanto de estas flores y de estos frutos, sino también por el cariño que he hallado en ustedes, especialmente en ti, y que ha sido un alivio de mi soledad y de mis tristezas... ¿Estás temblando? ¿Qué te pasa?

CONSUELO.— Na; sigue tú.

BERNARDO.— Poquito a poco, a medida que este ambiente se me ha ido pegando al espíritu, hasta transformarlo, todos esos afectos los he fundido yo sin darme cuenta en uno solo: en el tuyo... Tú eres para mí la encarnación de todos ellos; tú eres el huerto mismo...

CONSUELO.— ¿Er güerto yo?

BERNARDO.— Sí; sus olores están en tu cuerpo, en tus ropas; sus flores, en tu cara; su cielo y su luz, en tus ojos; su poesía, en tu alma, Consuelillo. Estoy enamorado

de ti como el clavel de la diamela... Mi alma ha tomado ya el tinte de la tuya... ¿Me mandarás como al clavel a un rincón del huerto?

CONSUELO.— En eso estoy pensando.

BERNARDO.— Pero ¿me quieres?

CONSUELO.— ¿Nesesitas preguntármelo, torpe?

BERNARDO.— ¡Consuelo!...

CONSUELO.—Yo sí que yegué a creerme que me habías arrinconao tú a mí como si fuera un capricho de tantos tuyos.

BERNARDO.— ¿Por qué?

CONSUELO.— Por lo que has tardao en desirme una cosa que yevo yo dentro e mí como un farolito desde er segundo día que nos hablamos.

BERNARDO.— ¡Y yo sin ver ese farolito! ¡Ciego!

CONSUELO.— Mi sueño has sío tú, Bernardo; pero estábamos tan lejos el uno del otro, que ocurtaba mi queré como un pecao pa que nadie me lo afeara. Ni mi madre, ni mis hermanas, ni mi agüelo han sabío adivinármelo en mis conversasiones; es la única cosa que ha vivió en mi corasón pa mí solita. «Si esto pudiera sé..., si ér se fijara en mi persona...», pensaba yo casi toas las noches. Pero luego desía: «¡Como que va a está pa ti, so tonta!».

BERNARDO.— Pues ya ves: para la tonta estaba.

CONSUELO.— ¡Qué felisidá!

BERNARDO.— ¡Felicidad, la mía! ¡Ya no estoy solo: ya tengo compañera! ¿En dónde pondrás tú la mano, Consuelillo, que no sea para causar un bien?... Mi casa te está esperando sola y triste. Ven allá; alégrala y llénala de vida.

CONSUELO.— Tráemela aquí, como tú has venío... Más fási es que tu casa quepa en er güerto, que no er güerto en tu casa.

BERNARDO.— ¿Qué dices?

CONSUELO.— Ingrato, ¿ya quies deja to esto? ¿Estás tú seguro de que me querrías lo mismo si no me vieras a toas horas entre mis flores? Aquí he nasío y aquí he dé viví; si me sacas de aquí, me muero. Ar lao de mi madre, envejesía y quebrantá; ar lao de mis hermanas, que nesesitan de mi sombra; ar lao de esas tres criaturitas que tengo a mi amparo. ¡Ajolá ar morirme me enterraran también aquí, en un rincón, junto a los pájaros de Charito!

BERNARDO.— ¡Bendita seas! No seré yo tan cruel que te arranque de lo que tanto quieres... y de lo que tanto quiero yo también. *(Pausa.)* ¿Me das un beso?

CONSUELO.— ¿Te corre mucha prisa?

BERNARDO.— ¡Si supieras los que te he dado sin tocarte!

CONSUELO.— Pos vamos a seguí así otro poquiyo e tiempo.

BERNARDO.— ¿Mucho?

CONSUELO.— Hasta que yo quiera. ¿Te párese?

BERNARDO.— Tú mandas. *(Llega de la calle el abuelo, a tiempo de sorprender el íntimo coloquio.)* ¡Abuelo, déme usted un abrazo!

ABUELO.— *(Obedeciéndolo.)* Ya está. ¿Se te ofrese otro?

BERNARDO.— El otro déselo usted a Consuelillo.

ABUELO.— Mejó pa mí. ¿Queréis desirme ahora...?

CONSUELO.— Pos blanco y migao...

ABUELO.— ¡Ah, granuja! ¿Te quies yevá la flo más fina de la casa?

BERNARDO.— Abuelo, la flor aquí se queda; pero es mía.

ABUELO.— Y yo me alegro.

BERNARDO.— Y yo me voy, que son las tantas y es preciso dormir.

CONSUELO.— ¿Dormí esta noche?...

BERNARDO.— Para soñar contigo...

CONSUELO.— Si es pa eso...

ABUELO.— Pos ¿pa qué ha e sé, so tonta? Vi a di serrando aquí.

BERNARDO.— Aguarde usted, no me coja dentro.

CONSUELO.— ¿Te vas?

BERNARDO.— Me voy, pero te llevo conmigo.

CONSUELO.— Y tú aquí te queas.

BERNARDO.— ¿Me querrás siempre, di?

CONSUELO.— Cuando este güerto deje de da flores, dejaré de quererte. ¿Y tú?

BERNARDO.— Lo que para ti son las flores de este huerto, serás tú para mí. Hasta mañana, Consuelo.

CONSUELO.— Bernardo, hasta mañana.

BERNARDO.— Abuelo, descansar.

ABUELO.— Anda con Dios, mosquita muerta...

BERNARDO.— Cierre usted en cuanto salga, porque si no me cuelo otra vez.

(Los tres se ríen. Bernardo se va.)

CONSUELO.— ¡Agüelo, déme usté a mí otro abraso! ¡Yo no sé si echarme a reí o si echarme a yorá!... ¡Ay, qué contenta estoy!

ABUELO.— Er mosito vale er dinero, ¡pero güena alhaja se yeva! No es por alabarte.

CONSUELO.— ¿Oye usté?

ABUELO.— ¿Qué pasa?

CONSUELO.— Luisiya, yorando...

ABUELO.— Pues corre a consolarla, no nos dé música.

CONSUELO.— Aya voy. ¡Pobresitos míos, que ya tienen padre también! *(Éntrase en la casa.)*

ABUELO.— *(Después de cerrar la puerta del huerto.)* Toas no habían de sé esgrasias y esaborisiones... Dios ha querío que lo mejó der güerto no se lo yeve una mala mano... Y ahora, a sortá er «Lusero»..., y güenas noches.

(Desaparece por la derecha del fondo. Queda la escena sola. Óyese a Consuelo, como antes, cantar la nana, mientras baja lentamente el telón.)

CONSUELO.—

A dormí va la rosa
de los rosales;
a dormí va mi niña,
porque ya es tarde.
Porque ya es tarde,
a dormí va la rosa
de los rosales.

Nanita, nana,
duérmete, luserito
de la mañana.

Fin de la comedia

JLV